

NOTA: Estas leyendas se descargaron del sitio de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo (ya no está en línea esa sección, pero es visible por medio del proyecto *The wayback machine*.- <https://web.archive.org/web/20060116124348/http://www.umich.mx/cultura/leyendas/index2a.html>), y forman parte del libro “Leyendas de la muy noble y leal ciudad de Valladolid, hoy Morelia” del Maestro (+) *El Magister* Francisco De Paula León. Las leyendas comienzan desde la página 5 de este archivo, se incluyen el proemio del rector de la Universidad de cuando se imprimió el libro y la semblanza del autor de uno de sus descendientes.

DATOS DEL LIBRO:

Título: Leyendas de la muy noble y leal ciudad de Valladolid, hoy Morelia

Autor: Francisco de Paula León.

Editorial: Instituto Michoacano de Cultura, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Lugar de edición: Morelia, Michoacán

Año de edición: 1995

Páginas: 172

ISBN: 968-7398-03-5



PROEMIO

FRANCISCO DE PAULA LEÓN

(Magister León)

Para comprender la evolución de la cultura, no basta con sólo compenetrarnos de los conocimientos objetivos, pues de ser así únicamente tendríamos a nuestro alcance una parte del conocimiento que también se complementa con hechos subjetivos, derivados de la actitud de los individuos que han plasmado también de este modo un carácter propio al desarrollo de su cultura en épocas pasadas y presentes, ya que transformando acontecimientos reales han ido elaborando historias combinadas con ingredientes fabulosos que narran, como en el caso de las leyendas, sucesos ocurridos en su entorno.

En su discurso las leyendas no hacen una separación del elemento histórico, planteando solamente la posibilidad de la fábula, porque de hacerlo se perderían tanto la continuidad del recuerdo como el origen de las mismas y, el hecho de regresar al pasado, coadyuva a conservar la tradición que a través de la narración preservan los elementos que guardan en las mentes de las personas del lugar.

Así, las leyendas no son meramente narraciones producto de la imaginación de la gente; sino que éstas cobran relieve porque tienen un trasfondo histórico, que nos abre la posibilidad de descubrir la cosmovisión de la sociedad en un espacio y tiempo determinados, penetrando en la imaginación popular, en la memoria de las gentes y naturalmente en su manera de ver las cosas; de tener un

sentimiento de pertenencia y permanencia a un lugar; en otras palabras la convicción de que los lugares, hábitos y costumbres pertenecen a ellos.

Por otra parte, si bien es cierto que las leyendas viven en la memoria de los hombres y se alejan de la realidad modificándola, también es verdad que solamente se ha logrado guardar hasta nuestros días una parte pequeña de las vivencias de todo aquello que haya podido ocurrir en la sociedad a lo largo de su historia. Siendo necesario reunir esta clase de materiales que nos dan la posibilidad de conocer más de cerca el elemento espiritual de la sociedad pretérita y tener una idea más precisa de su forma de pensar y de percibir los fenómenos cotidianos de una forma psico-social.

Con el propósito de contribuir en la divulgación de leyendas, cuyo origen se encuentra en la época colonial y que desde un principio quedaron indisolublemente ligadas a la historia de la antigua Valladolid, hoy Morelia, se publica este material con la finalidad de recuperarlo para la posteridad, además de socializarlo; y, más aún, cuando nos tocó vivir momentos de fuerte permeabilidad de nuestra cultura, al grado de estarse perdiendo la costumbre de mirar en retrospectiva y saber cuál ha sido nuestro pasado en el ámbito cotidiano, lo que es sumamente preocupante y ahora constituye un reto posible de superar uniendo esfuerzos, coincidiendo en proyectos, que sin duda alguna son benéficos para el fortalecimiento de nuestra cultura.

En esta obra se presentan leyendas que fueron reunidas por el Magister Francisco de Paula León; publicarlas no solo significa dar trascendencia a su trabajo de manera individual, sino reconocer y dignificar la memoria histórica popular de Valladolid, hoy Morelia. Las leyendas, que son un hallazgo sin paralelo alguno, nos describen magistralmente el pasado legendario de la ciudad haciendo vibrar su arquitectura que sirve de marco a la narración de sus tradiciones, costumbres, ritos y fiestas populares. Sin embargo, debemos reconocer que las leyendas son cuentos que viven en la memoria de los hombres; es, por tanto, en el modo de ser narradas donde radica el complejo interés que las mantiene vivas, despertando en el auditorio tristeza o alegría, ambiciones y esperanzas, objetivo hábilmente logrado por el Magister León quien, con la seguridad de su pluma, despierta en el ánimo del lector el viaje mental a otros tiempos, a la vida que en un principio tuvo Morelia.

SALVADOR GALVAN INFANTE

Rector de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

JERGES AGUIRRE AVELLANEDA

Director General

Instituto Michoacano de Cultura

SEMBLANZA

El tiempo es como un fuerte viento que arrasa de la memoria los recuerdos aun los mas queridos; por ello cuando existe circunstancialmente el encuentro de una frase, un poema o el escrito de una persona que ha dejado huella en nuestras almas, es un deber ineludible no dejar pasar ese recuerdo, sino afianzarlo o darlo a conocer, porque es como una resurrección espiritual en la memoria de quienes la conocieron o un bálsamo de paz en quien busca en la anamnesis del tiempo, una guía o simplemente el recuerdo de otras épocas menos conflictivas.

Tal es el caso de algunos escritos del profesor Francisco de Paula León, quien narra leyendas, personajes, edificios y casonas del tiempo de la Colonia en la ciudad de Valladolid, hoy Morelia; cuya descripción y argumentos encajaban perfectamente en la psicología de la época, para dejar en la actualidad un grato sabor de cosas viejas que se añoran por encima de la modernidad y nos hace suspirar cuando las comentamos en platicas de café o sentados en la banca de una de las hermosas plazas con que cuenta la colonial ciudad.

La intención de publicar estas leyendas escritas por el profesor León, a muchos años de su fallecimiento, es rendir un pequeño homenaje a quien fuera mejor conocido como el Magister León, llamado así por sus numerosos alumnos de las disciplinas que impartía, pero también por reconocerle la amplitud de sus conocimientos y que eran materia de platica excathedra, como la filosofía y psicología, armas que usaba con frecuencia en su docencia y que hacían de un humanista atrayente por su cristiana personalidad. Por otra parte, al feliz encuentro de sus manuscritos que conforman un grupo de relatos cuyo interés obviamente importante para la historia de la antigua Valladolid.

Francisco de Paula León, nació en Valle de Santiago, Guanajuato, el 26 de mayo de 1866 y falleció en la ciudad de Morelia, Michoacán, el 13 de septiembre de 1932. Sus primeras letras las realizo en Salamanca, Guanajuato, y por razones de familia fue trasladado a la ciudad de Roma, en donde ingreso al colegio de San Gregorio permaneciendo ahí por varios años. A su regreso a México aproximadamente en el año de 1881, se instaló en la ciudad de Morelia, en donde ingreso al seminario Tridentino para afianzar sus conocimientos en latín, griego, gramática castellana, filosofía y psicología; posteriormente a la escuela de Jurisprudencia del Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás de Hidalgo, actualmente Universidad, en donde obtuvo merecidos reconocimientos por su aplicación. Hacia 1903, sustento la cátedra de Raíces Griegas y Latinas en el propio colegio, siendo el titular por varios años.

No satisfecho con la carrera de leyes y siguiendo sus innatos impulsos de ayuda a los enfermos pobres, estudió la medicina homeopática y en su práctica encontró la satisfacción que buscaba con el cariño y gratitud de miles de enfermos que sanaron con sus tratamientos y caritativa comprensión. En 1919 a propósito de unos Juegos Florales en honor de don Vasco de Quiroga, presentó un trabajo que intituló Iconografía, epigrafía y prosapia de este ilustre obispo, el cual fue premiado con la Flor Natural, como una importante aportación para estudios biográficos de don Vasco.

Durante el ejercicio de su profesión como médico homeópata y siguiendo su ansia de observación, investigó y llegó a conocer a fondo la técnica de la pintura de las Lacas de Uruapan, gracias a las pláticas y práctica de las mismas con artesanos uruapenses, sus pacientes. La belleza de este arte le indujo a llamarle "esmaltes de Uruapan" y consiguió con hábil paciencia obtener piezas decoradas de diferentes, pocas con las cuales formó una importante colección.

Estos conocimientos y el estudio de los objetos coleccionados los vertió en un libro manuscrito y decorado por él, con los motivos primorosos que los nativos imprimían en sus bateas, jícaras y guajes.

El libro titulado Los esmaltes de Uruapan lo terminó de escribir el 25 de mayo de 1923. El Dpto. de Publicidad y Propaganda hizo la primera edición, y en 1980 Banamex realizó una hermosa edición facsimilar.

Al mencionar la gran personalidad del Magister León, su semblanza siempre adolecer de punible cortedad, pero valga el grato recuerdo que nos queda a través de sus invaluable escritos.

Francisco León Díaz.

LA MANO DE LA REJA

Calzada Fray Antonio de San Miguel

LA CALZADA DE GUADALUPE de Morelia es una obra monumental de los pasados siglos. Uno de los arcos del acueducto romano que condujo el agua en otro tiempo le sirve de pórtico. Dos filas de añosos y copados fresnos corren a lo largo de la calzada entrelazando sus frondas fingen una bóveda de verdor obscuro. De uno y otro lado banquetas de cantería toscamente labradas sirven de asiento para tomar el fresco a la sombra en las horas calurosas. Más allá por ambos lados también se elevan mansiones señoriales, casasquintas coloniales envueltas en mantos de rosas. Le sirve de fondo el santuario de Guadalupe rodeado de cipreses y coronado con su torre y cúpula bizantina sobresaliendo por encima de un cerco de cipreses. Es tan espesa la bóveda que forma el ramaje de los fresnos que cuesta trabajo al Sol atravesarla y cuando lo hace enriquece el ambiente con un tenue polvo de oro y el disparate pavimento con manchas de luz y sombra que complacen el alma. El aire que allí se respira viene siempre perfumado con los más exquisitos aromas de las mosquetas y madresevas que se cultivan en el vecino bosque de San Pedro. Los pajarillos que viven entre sus frondas alegran el oído con sus cantos jamás interrumpidos. ¡Cuán apacible es la vida de esa parte de Morelia! Principalmente durante las noches de luna en que todos los rumores se apagan, todos los cantos cesan y todas las vagas tristezas renacen a porfía. Del lado derecho, al empezar la fila de casas, hay una que llama desde luego la atención por su aspecto señorial y antiguo, por sus balcones labrados en piedra y por las rejas de sus sótanos. Tiene una huerta circuida de un muro encalado cubierto de manchones verdes de musgo y ennegrecido por la lluvia y el polvo. Por cima sobresalen los fresnos, los cedros y los cipreses envueltos en mantos de camelinas, rosas, campanillas. La algarabía que por la tarde forman allí las urracas de pecho amarillo, no tiene nombre. Parece un concierto colosal de arpas que se desborda como cascada de sonidos delicados y penetrantes, formando al caer un río de sonora espuma.

En esa casa que moraba hace muchos años, muchísimos años un hidalgo tan noble como el Sol y tan pobre como la luna, sus abuelos allá en la madre patria, habían hospedado en su casa a don Carlos V y a don Felipe II, su padre había sido real trinchante, camarero secreto y guardia de corps de don Felipe V, y él, últimamente había desempeñado en la corte un cargo de honor que, despertando las envidias primero y las iras después, de los privados y favoritos, había tenido que refugiarse en este rinconcito de la Nueva España que se llamó Valladolid, para ponerse a cubierto de unas y otras. Era don Juan Nuñez de Castro, hidalgo de esclarecido linaje y sangre más azul que la de muchos.

Vinieron con el de España, su esposa doña Margarita de Estrada y su hija única doña Leonor. Era doña Margarita, segunda esposa, como de cuarenta años, gruesa de cuerpo. Hablaba tan ronca como un sochantre. Su pupila azul parecía nadar en un fluido de luz gris dentro de un cerco de pestañas desteñidas. La nariz roja y curva como de guila le daba el aspecto de haber sido en su tiempo gitana de pura sangre. Era rabiosa, más que un perro y furibunda como pantera. Con el lujo desplegado en la corte arruino a su marido irremediablemente. Y hoy en día, casi expatriados, en un medio que no era el suyo, consumía los restos de su antiguo esplendor y riqueza.

Era doña Leonor, entenada de doña Margarita e hija de la primera esposa de don Juan. Su belleza era sólo comparable a la de la azucena, blanca como sus pétalos y rubia como los estigmas de sus estambres.

Su cabellera rubia le envolvía la cabeza como en un nimbo de oro. Su nariz recta y sonrosada. Su boca pequeña, roja como cacho de granada. Sus labios delgados y rojos que al plegarse para sonreír mostraban dos hileras de dientes diminutos y apretados como perlas en su concha. Sus pupilas azules como el cielo parecían dos estrellas circuidas de un resplandor de luz dorada e intensa. Su cuerpo esbelto y delgado como una palma del desierto. De un temperamento dulce y apacible, de una delicadeza y finura incomparable que revelaba a las claras el origen noble de su madre.

Madrastra y entenada eran una verdadera antítesis. Un contraste de caracteres. Mas como la gitana había dominado a don Juan, lo había hecho también con Leonor, quien sufría constantemente las vejaciones que el destierro de la corte, la miseria de su situación y las pretensiones de su madrastra la hacían sufrir sin remedio. No podía la noble muchacha asomarse a la ventana, ni salir a paseo ni tener amigas, ni adornarse, ni siquiera dar a conocer que existía. Debía estar constantemente o en la cocina guisando o en el lavadero lavando o en las piezas barriendo. Jamás había de levantar los ojos para ver a nadie. Y ¡ay de ella!, si contrariando las órdenes que se le habían dado se asomaba al balcón o se adornaba, pues que había en casa sanquintín, perdiendo Leonor en todo caso.

Vino a Valladolid un noble de la corte del virrey a pasar semana santa como era costumbre en aquella época, y habiendo visto a Leonor en las visitas de monumentos quedó en seguida prendado de su hermosura. Ella por su parte no miró con malos ojos al pretendiente y desde luego, mediando el oro, recibió una carta en que se le consultaba su voluntad. No tardo mucho en contestarla, citando al galán para las ocho de la noche en la reja del sótano, lugar donde para sustraerla de las miradas de la juventud vallisoletana, la tenía confinada doña Margarita.

Era el galán don Manrique de la Serna y Frías, oficial mayor de la secretaría virreinal cuyos padres residían en España. Su posición en México superaba a toda ponderación. Joven, inteligente, activo, sumiso, lleno de las esperanzas, con su buen sueldo en la corte, estimado del virrey y de la nobleza mexicana, laborioso casi rico. De seguro que al presentarse a don Juan de por sí o con una carta del virrey, este si consentía Leonor, no le negaría la mano de su hija, aunque doña Margarita se opusiera por no sacar ella ganancia ninguna del asunto. Pero don Manrique quiso primero estar seguro de la voluntad y del amor de Leonor. Pues bien para ahuyentar a los curiosos y conociendo perfectamente el poco ánimo de la gente y el miedo que causaban en ella los duendes y aparecidos, vistió a su paje de fraile dieguino, después de haberle pintado en su rostro una calavera, con la consigna de pasearse de un lado a otro a lo largo de la calzada de Guadalupe como ánima en pena, mostrando lo más que pudiese la calavera. Sonó el reloj de la catedral pausadamente las ocho de la noche y en seguida todos los campanarios de la ciudad, comenzaron a lanzar los tristes clamores, implorando los sufragios por los difuntos, según las costumbres de aquella santa época. La luna iba dibujándose entre las ligeras nubes que como con un manto de encaje envolvían el horizonte. Un vientecillo suave soplabla suavemente moviendo las ramas de los árboles y embalsamando el ambiente con el penetrante perfume de los jazmines. Todo estaba mudo, silencioso. El fingido difunto se paseaba a lo largo del muro donde estaba la reja del sótano, y la gente que se atrevía a verle la cara, corría despavorida, lanzando destemplados gritos. Entre tanto don Manrique se acercaba a la reja del sótano para platicar con doña Leonor.

Noche a noche, a las ocho, brotaba sin saber de donde aquel espanto que traía asustados a todos los pacíficos moradores de la calzada de Guadalupe, de modo que a las siete y media de la noche, en que terminaban los últimos reflejos del crepúsculo y se envolvía el cielo en su gran manto de estrellas, la gente estaba ya recogida en sus casas medrosa y espantada.

No le pasaba lo mismo a doña Margarita que maliciosa como era, anduvo espiando -sabedora del espanto y víctima ella misma de él-, el momento oportuno de averiguar el misterio. Descubrió al fin la patraña y usando de su para ella indiscutible autoridad, una vez, estando doña Leonor platicando con don Manrique acerca de los últimos preparativos para pedir su mano a don Juan, cerró por fuera el sótano dejando prisionera a dona Leonor.

Don Manrique llamado apresuradamente a la corte y llevando ya el proyecto de que el virrey le pidiese a don Juan la mano de su hija para él, partió al día siguiente con su comitiva para México.

Doña Leonor al querer al día siguiente salir del sótano, para entregarse a sus ordinarias ocupaciones, encontró que no podía salir por estar cerrada por fuera la puerta. Así pasó todo aquel día llorando y sin comer. Don Juan no la extrañó porque jamás se presentaba en la mesa; duraba días y días sin verla; así es que no notó su ausencia. Además, había salido de Valladolid a fin de arreglar los últimos detalles de las siembras de una hacienda no lejana que había comprado con la herencia materna de su hija y por lo mismo no pudo darse cuenta de la prisión de doña Leonor.

Mas como doña Leonor no quería perecer de hambre y conservarse para su muy amado Manrique, durante el día sacaba por entre la reja su mano aristocrática pálida y casi descarnada, a fin de implorar una limosna por amor de Dios a los transeúntes que siempre ponían en ella un pedazo de pan. Doña Margarita había difundido que doña Leonor estaba loca y que se ponía furiosa y por eso estaba recluida y como no le bastase el mendrugo que le suministra la madrastra, por eso pedía pan. El espanto había acabado, ya no se veía al fraile discurrir por la noche a lo largo del muro; pero hoy de día no cesaba de estar una mano pálida como de muerte implorando por la reja la caridad publica, con voces débiles y lastimeras.

Mas un día, día de Corpus Christi, por más señas, cuando las sonoras campanas de la catedral echadas a vuelo pregonaban la majestad de la eucaristía que era llevada por las calles en medio de una pompa inusitada, llegaba a la puerta de la casa de don Juan, una comitiva casi real, a cuyo frente iba don Manrique que traía para don Juan la carta del virrey en que para el le pedía la mano de doña Leonor. Don Juan, asustado, conmovido, empezó a dar voces llamando a doña Leonor. Doña Margarita se había ido al corpus, de modo que nadie respondía, hasta que los criados, sabedores del martirio de doña Leonor, le descubrieron el escondite. Abrieron la puerta y quedaron petrificados, al ver que doña Leonor estaba muerta. Fueron aprehendidos en el acto padre, madrastra y criados, y consignados a las autoridades reales, sufriendo al fin cada cual el condigno castigo.

Don Manrique engalanando el cadáver de doña Leonor con el traje blanco de boda que llevaba para ella, le dio suntuosa sepultura en la iglesia de San Diego.

Después por mucho tiempo, se veía a deshora en la reja del sótano una mano aristocrática, pálida y descarnada como un lirio marchito, que apareciendo por la reja del sótano imploraba la caridad pública pidiendo un pedazo de pan por amor de Dios.

Como me lo contaron te lo cuento.

MISA DE MEDIA NOCHE

Catedral de Morelia

ERA DON JUAN VÉLEZ un venerable anciano de costumbres puras, de mirar candoroso y sereno, erguido siempre a pesar de sus noventa abriles y de un humor de perlas. Vestía de ordinario un larguísimo saco negro que era substituido en los días de gran fiesta por una levita cruzada de antiguo corte. Nunca se le caía de la calva y blanca testa el sombrero de copa alta, que por irrisión llama el vulgo sorbete.

Cuando hacia frío se envolvía en una amplia y oscura capa española y para librarse del Sol desplegaba una enorme sombrilla blanca de China con varillas de ballena. Amante como el que más de los chascarrillos y de las leyendas, entretenía a sus amigos con unos y otras en las noches de persistente lluvia o en las largas veladas de invierno. Su plática jamás decaía y su carácter era dulce, apacible y firme como roca.

Una noche le oí contar la siguiente fantástica leyenda que nos gustó sobremanera.

Hubo en tiempos pasados en la catedral de Morelia un sacristán mayor que fue de la familia de don Juan Vélez, a quien aconteció este maravilloso suceso.

La noche había cerrado oscura y fría. Un viento fuerte zumbaba ruidoso entre los macizos arcos de las torre de la catedral. Negras nubes acumuladas al oriente por la cañada del Rincón brillaban a ratos como relámpagos rojizos. Truenos lejanos repercutían de eco en eco, dando a conocer que la tempestad se aproximaba. El aroma de la tierra mojada hería fuertemente el olfato. De repente grandes gotas empezaron caer deshaciéndose los nubarrones en torrencial aguacero. Diluviaba, que no llovía. La gente había corrido a refugiarse en sus casas y la campana mayor con su sonora y potente voz tocaba la queda, cuyo sonido se perdía arrebatado por el viento. Los guardias nocturnos se mantenían serenos al abrigo de una puerta o de un balcón, dejando entre las cuatro esquinas de las calles la opaca linterna que brillaba como fuego fatuo merced a la lluvia y las tinieblas. Poco a poco fue calmando la tormenta. Los relámpagos fueron menos frecuentes y v&ividos;vidos. El trueno se alejó perdiéndose en la inmensidad del espacio. El oscuro cielo descubierto a grandes trechos lucía sus estrellas radiosas y brillantes. El aire húmedo y fresco había plegado sus alas. El búho y la lechuza lanzaban al espacio sus voces medrosas y destempladas, como anunciando fatídicos sucesos. El silencio sólo era interrumpido ya por las horas que daba el reloj de la catedral repetidas de sereno en sereno a voz en cuello.

Mediaba la noche, cuando el padre sacristán de la catedral escuchó con asombro un repique solemne dado por manos invisibles en las torres como si llamaran a misa pontifical. Se levantó de prisa y acudió a ver que significaba aquello, encontrando que las ventanas de la catedral filtraban profusamente una luz dorada como si hubiese maitines. Piensa en un incendio y vuela presuroso hacia la sacristía y ¡oh asombro! Allí estaban preparados sobre las cajoneras los ornamentos sagrados, como solían en las suntuosas solemnidades. Va a la iglesia, penetra y queda deslumbrado por la profusión de ceras encendidas en las arañas de cristal de roca y en los dorados altares churriguerescos.

En esos momentos un torrente de atronadora armonía salió volando de los tubos del viejo órgano, haciendo vibrar las bóvedas del templo. A esa explosión de acordes arrebatados, sucedió una marcha fúnebre que erizaba los cabellos y sacudía los nervios. La puerta de la cripta se abrió rechinando en sus goznes enmohecidos al empuje de unas manos descarnadas y amarillas. En el interior de la cripta se dejó oír un ruido macabro de huesos que se unen a huesos, de esqueletos que se levantan, de músculos que brotan, de piel que recubre la carne; ruido imposible de ojos que brillan y se asombran, rumor frío y apagado de acentos seculares, de palabras extrañas de ininteligibles para los oídos del tiempo, zumbido de aire húmedo y acre de cofres antiguos abiertos de repente después de haber estado cerrados durante muchos años; crujir de sedas apergaminadas y endurecidas por la humedad, el polvo y el vaho de los cadáveres.

Empiezan a salir por la oscura puerta de la cripta de dos en dos, para seguir a lo largo de las naves, todos los canónigos sepultados ahí, dirigiéndose lentamente a la sacristía. Era presidida la casi interminable procesión por un obispo revestido con sus ropajes violeta y escarlata. Entretanto que la procesión circulaba por las naves convertidas en ascuas de oro, el órgano seguía trinando como los pájaros, zumbando como el viento, gimiendo como las tórtolas, atronando como las cascadas, filtrando sus sonidos delicados como rayos de luz que pasan por las vitrinas de colores de góticos ventanales. Penetran en la sacristía que se agranda para dar cabida a aquella multitud que hasta entonces había pasado de pocos en pocos por su estrecho recinto. Se revisten con los ricos ornamentos toledanos; capas pluviales recamadas de oro, plata y seda. Ayudan al obispo a engalanarse con sus ropajes, su mitra y su báculo de inestimable y artística riqueza que le daba aspecto de emperador bizantino que fuese a presidir una fiesta de corte en los primitivos tiempos del bajo imperio. En seguida marchan de nuevo a lo largo de las naves de la catedral, encaminándose al altar mayor, pasando por el coro para celebrar la misa pontifical.

Un coro de niños, mezclando sus nuevas y argentinas voces con las graves y envejecidas de cantores antiguos, cantan el Introito, los Kiries, el Gloria, el Credo y el Gradual, acompañados de los acordes incomparables del órgano. Llega el momento en que el pontífice inclinándose la frente levanta con sus blancos dedos la hostia consagrada. La muchedumbre de fieles de remotas edades allí presentes por una evocación del tiempo, se prosternan en estática adoración, nubes azuladas se levantan de los incensarios de oro envolviendo con su ambiente y sus perfumes la sagrada forma, al pontífice y a los sacerdotes que rodeaban el altar. Otra vez el coro, al cantar el Benedictus atronó en armonías colosales de alabanza que, no cabiendo en el ámbito de la basílica, se difundían atropelladamente por el espacio en retumbos como de tormenta, que luego se convertían gradualmente en suaves y melifluas melodías de éxtasis y adoración. Prosiguió la misa hasta entonar el diácono el *Itemissa est* con voz fría como si se levantara de la losa de un sepulcro, apagada como si se saliera de la garganta de un muerto, que se difundió de eco en eco hasta perderse en los rincones de las oscuras capillas. Dio el pontífice la triple bendición y al entonar el coro el *Sanctus Deus*, el sacristán mayor que atónito contemplaba aquel extraño espectáculo vio que se inclinaban las pilastras, se entreabrían las bóvedas, derrumbaba con grandísimo estruendo la cúpula aplastándolo y desmenuzándolo todo. Aquella ruina inmensa le aplastó también a él que cayó sin sentido, hasta que al amanecer del día siguiente; cuando la blanca luz de la aurora tímida se tamizaba por los cristales de las ventanas, le encontraron al pie del altar mayor, tendido, magullado, calenturiento. Apenas tuvo tiempo de referir el suceso, porque se agravó y se murió.

"¿Fue esto producto de una imaginación calenturienta? "¿Fue acaso un extraño delirio? Porque la catedral siguió como siempre altiva y suntuosa. "¿Fue acaso más bien una fábula medio profética de lo que sucedería después? "¿Era que don Juan Vélez tan serio, por fuera le bullía la risa por dentro mientras todos colgados de sus labios le escuchaban con profunda atención? !Tal vez!

Como me lo contaron te lo cuento.

LA MANO NEGRA Convento de San Agustín

EN UNA DE ESAS NOCHES de invierno en que llovizna y hace frío, en que rodean los niños la cazuela de los buñuelos comiendo anticipadamente de los que se quiebran, en que solo se están quietos si la abuela de cabeza blanca y ojos amorosos les cuenta algo de aparecidos, oí lo que a mi vez refiero.

El padre Marosho de cuyo nombre no puedo acordarme, era una celebridad en la basta provincia de agustinos de Michoacán, distinguiéndose principalmente por sus virtudes y después por ser pintor excelente que cubrió de cuadros de indiscutible mérito artístico todos los conventos de la provincia; por ser orador consumado, que con sus sermones llenos de elocuencia y de unción conmovió profundamente al; auditorio por distraído que éste fuese; por ser teólogo y canonista como pocos de gran memoria y aguda inteligencia. Por todo lo cual era uno de los primeros que asistían a los capítulos de su provincia.

Por entonces había capítulo en el convento de San Agustín de Valladolid y los padres capitulares habían venido de las más remotas regiones de la provincia, y entre ellos el padre Marocho que residía de ordinario en el convento de Salamanca.

La sala capitular estaba a la derecha del claustro románico situado junto a la iglesia bizantina. Una ancha puerta de medio punto abierta a la mitad del salón daba acceso a él. Casi frente a la puerta de entrada se erguía una tribuna tallada en nogal negro. En los cuatro tableros de enfrente en forma de medallones se habían esculpido a los cuatro evangelistas. En el respaldo que remataba en un tornavoz figurando una concha, estaba esculpida en el centro la imagen de san Agustín. Tanto en el pie como en los barrotes que encuadraban los tableros, había esa rica flora retorcida y gallarda que los maestros carpinteros de los pasados siglos desarrollaban en sus obras, haciendo gala de una imaginación tan fecunda como bella, y de una habilidad nunca igualada ni mucho menos superada para manejar los instrumentos de tallar y esculpir en madera. En armonía con la cátedra o tribuna y a lo largo de los muros en dos galerías alta y baja se desarrollaba una doble sillería de asientos giratorios labrada también en nogal negro. Cada silla era un prodigio de talla, teniendo en el respaldo esculpida la imagen de un santo de la orden. En uno de los testeros se levantaba sobre una plataforma el trono del provincial y en el otro había una preciosa mesa cuyas patas eran garras de león, sobre la cual destacaba un crucifijo de cobre dorado a fuego, en medio de dos candeleros con sus cirios y un atril de plata cincelada para los santos evangelios. De la bóveda de cañón pendían tres arañas de cobre dorado a fuego cuajadas de ceras que iluminaban el salón con una luz tenue y dorada. Sobre los muros colocados a iguales distancias había colgados retratos de personajes prominentes, religiosos de la provincia de Michoacán, como era el del apóstol de la Tierra Caliente, de fray Diego Basalenque, de fray Alonso de la Vera Cruz sentado en su cátedra dando clase a varios discípulos, entre ellos al inteligente y aprovechado joven don Antonio Huitzimengari de Mendoza hijo del último emperador de Michoacán, Caltzonzin.

Siempre el padre Marocho, por su antigüedad en la orden y por los cargos que en la misma desempeñaba, tenía el segundo lugar después del provincial en el capítulo y se sentaba en el primer sitio a su derecha.

No había discusión en que no tomase parte ya suministrando datos históricos, ya recordando cánones, y citando autoridades filosóficas y teológicas, ya discurriendo de modo que sus palabras eran escuchadas con verdadera sumisión y sus sentencias eran decisivas, influyendo grandemente en los resultados del capítulo, en donde se decidían cuestiones de capital importancia para la provincia y para la orden. Por tanto a pesar de que en lo general el padre Marocho tenía una vasta erudición, sin embargo, mientras duraba el capítulo, estudiaba en su celda o en la biblioteca del convento hasta las altas horas de la noche.

La biblioteca próxima a la sala capitular y en comunicación con ella, era también un gran salón abovedado circuido de una estantería de oloroso cedro que contenía cerca de diez mil volúmenes sobre todos los amos del saber humano de entonces aparte de los nunca bien ponderados manuscritos relativos a las misiones e historias de los michoacanos. En el centro mesas de roble sobre las cuales había atriles y recados de escribir, tinteros de talavera de Puebla y plumas de ave.

Allí estaba una noche el padre Marocho. El silencio más profundo reinaba en aquel recinto donde el hombre del presente entabla pláticas con los hombres del pasado; en donde el genio se comunica con el genio; se borra la noción del tiempo penetrando en las puras regiones del espíritu, echa a un lado la materia; en donde las pasiones callan y se doblegan ante la razón, su reina y señora.

De repente el padre Marocho, según lo cuentan papeles viejos de aquella época de duendes y aparecidos, notó un ruido extraño a su lado, vuelve el rostro y ve que una mano negra cuyo brazo se perdía en las tinieblas, tomando entre sus dedos la llama de la vela, la apagó, quedando humeante la pavera. Con la mayor tranquilidad y presencia de ánimo dijo al diablejo: - Encienda usted la vela, caballero.

En aquel momento se oyó el golpe del eslabón sobre el pedernal para encender la yesca. Ardió la pajueta exhalando el penetrante olor del azufre y se vio de nuevo que la mano negra encendía la vela de esperma.

-Ahora para evitar travesuras peores, con una mano me tiene usted en alto la vela para seguir leyendo y con la otra me hace sombra a guisa de velador, a fin de que no me lastime la luz.

Así pasó. Y era de ver aquel cuadro. El sabio de cabeza encanecida por los años, los estudios y las vigiliás, inclinado sobre su infolio de pergamino. A su lado dos manos negras cuyos brazos eran invisibles, una deteniendo la vela de esperma amarilla y la otra velando la flama. La luz apacible reflejándose sobre el busto del padre Marocho le dibujaba en el ambiente con ese claro- oscuro intenso de los cuadros de Rembrandt, que tanto estiman los artistas.

Vino la madrugada con sus alegrías. Aunque tenues, pero llegaban hasta aquel retiro, los cantos de las aves que saludaban a la rosada aurora desde las ramas de los fresnos del cementerio. Por los ojos de buey de la biblioteca comenzaban a penetrar dudosamente los primeros rayos de Sol. Entonces como ya no era necesaria la luz de la vela, exclamó el padre Marocho: - Pues bueno. Apague usted la vela y retírese si necesito de nuevo sus servicios, yo le llamaré.

Entre tanto que el padre bostezaba, restregándose los ojos, se oyó un ruido sordo de alas que hendían el aire frío y húmedo del nuevo día.

No tardó en concluir el capítulo, quedando arregladas todas las cuestiones que hubo para convocarlo. Con todo, el padre Marocho se quedó en el convento a descansar por algunos días más. Vivía en una celda que termina en un ambulatorio que va de oriente a poniente iluminado en el centro por una cúpula con su linternilla. La celda era la última del poniente a mano izquierda con su ventana para la huerta del convento. Desde allí, como en un observatorio, contemplaba aquel artista un espléndido panorama. Las desiguales azoteas de las casas de aquel barrio, la loma de Santa María y el cerro azul de las Animas, sirviendo de fondo al paisaje. Como en estos días pasaba el Sol por el paralelo de Valladolid, al ponerse su disco rojo antes de ocultarse tras las montañas se asomaba curioso en el cañón aquel, tiñendo de rojo, los suelos, los muros, las bóvedas, los marcos de las puertas de las celdas, las imágenes de piedra colocadas en sus hornacinas, produciendo unos tonos nacarinos y unas transparencias admirables. El padre Marocho quiso pintar aquellos juegos de luz, aquellos muros envejecidos tiñéndose de arrebol y mientras el Sol no pasó del paralelo se sentaba frente a su caballete con su paleta en la mano izquierda y su pincel en la derecha y cuando menos acordaba, aquella mano negra le presentaba los colores y los pinceles que necesitaba para manchar su tela. Un noche, víspera de su partida del convento al ir el padre Marocho a recogerse, vio en cierto lugar de la celda la misma mano negra que apuntaba fijamente. El no hizo caso, porque ni tenía ni podía tener hambre de tesoros. Cerró sus ojos y se durmió.

Después de muchos, muchísimos años, un pobre, habitando la misma celda y de un modo quizás casual, o más bien sabiendo esta leyenda que había visto en los papeles viejos del convento cuando era novicio de la orden de San Agustín; se halló un tesoro en el mismo lugar apuntado por la mano negra.

Como me lo contaron te lo cuento.

EL CORDONAZO DE SAN FRANCISCO

Desaparecido Templo de la Tercera Orden de San Francisco.

EN MORELIA, DEL TEMPLO DE LA Venerable Orden Tercera de San Francisco de Asís, joya de arte y relicario histórico, no queda ya ni el polvo. Situado en un ángulo del cementerio del antiquísimo templo de los frailes franciscanos, se erguía con su torre afiligrana y su cúpula revestida de azulejos. En su recinto al pie de uno de los altares colaterales, estuvieron sepultados los restos mortales del señor cura don Mariano Matamoros, héroe de la independencia de México, bastando esto sólo para haberlo conservado intacto, como un homenaje y como un recuerdo amoroso.

El cementerio era muy pintoresco y melancólico. Una gruesa tapia coronada a lo largo de arcos invertidos y manchada de musgo merced a la acción de la humedad y de los años, lo cerraba por sus costados. Por encima sobresalían las copas de los olivos, de los fresnos y de los cipreses, que entrelazando sus ramajes daban misteriosa sombra a los sepulcros y a las capillas del Viacrucis que por dentro corrían en torno del cementerio.

En medio de la arboleda, sobre tres o cuatro gradas de mohosa cantería, entre cuyas juntas crece esa menuda hierba sin nombre que decora los edificios antiguos, se alzaba el cilíndrico pedestal que sostenía una cruz que entre los brazos tenía una fecha remota.

Por el poniente daba acceso al cementerio un portón de hierro forjado, mostrando en la parte de arriba el escudo de la orden, en cuya labor tejó un encaje de Bruselas el herrero que lo construyera. Servía de fondo la fachada del templo grande, con su puerta de marquetería, su ventanal con el escudo franciscano consistente en un cruz sobre la cual se cruzan dos brazos, habiendo por debajo tres clavos en forma de abanico. Entre la puerta y el ventanal adornados con pilastras, columnas, cornisas, flores y conchas, se destaca la fecha de 1610. Fecha sugestiva, tres veces secular llena de encanto como todo lo que resiste a la acción destructora del alado viejo de la guadaña. Un coronel discurrió que el cementerio de San Francisco servía para mercado y que el templo de la Orden Tercera de San Francisco estorbaba, y sin más ni más, acabó con ello de la noche a la mañana. En cuanto la impía ruina cernió sus negros aletones sobre aquellos edificios seculares, cayeron los muros, las pilastras, los capiteles; se vio el cielo a través de las bóvedas clareadas; surgieron montones de escombros donde se confundían las mesas de altares y sillones destrozados, cabezas de vírgenes y atriles chapados de carey y hueso con figuras mudéjares, angelones sin alas y balaustres de barandillas de rosas, molduras de cornisas y tubos de órgano, azulejos de Talavera de la Reina y fragmentos de loza de Puebla, el tornavoz debajo de la copa del púlpito tallado con primor exquisito.

Dio una zancada el tiempo y el famoso mercado dormía el sueño del olvido. Por doquier crecían la maleza y los zarzales; el jaramago, la yedra y las trompetillas de varios colores poblaban los agujeros, las grietas y las asperezas; las lianas trepaban agarrándose a las piedras de los muros y a las cornisas. La lagartija de ancha y triangular cabeza corría por entre los escombros mirando con sus ojos redondos y vivos.

La fantasía popular no tardó en fingir las más extravagantes consejas. Por la noche la gente, dadas las oraciones del Angelus, no quería atravesar por las ruinas; porque al tocar los campanarios los toques plañideros de las ocho y aún antes, se oían lamentos, como cuando el viento gime entre las ramas de los árboles; se adivinaban sombras ambulantes como frailes salidos de sus tumbas; voces frías como si se alzarán de las lozas de los sepulcros, apagadas en aquel mar de escombros, les daba un tinte de pavor y de tristeza. Si el viento agitaba la fronda, aparecían en el suelo desigual luces movedizas que animaban el paisaje.

El ronco reclamo del búho en las altas horas de la noche, retumbando de eco en eco, amedrentaba el ánimo y lo disponía para crear alucinaciones y fantasmas.

Por aquel entonces había un cantinero solemne con más barriga que una calabaza, con mas mofletes que un tomate de California y con mas cabellos que la palma de la mano. Usaba constantemente quevedos oscuros y un birrete de terciopelo rojo bordado en oro con que cubría su venerable calva. En su tienda o mejor su trastienda, se reunían noche a noche el coronel con tres o cuatro camaradas a charlar y echarse entre pecho y espalda copas de rubia carmelitana, no escaseando también los alburazos; de modo que a la una o dos de la mañana que se disolvía la reunión, salían tambaleándose con dirección a sus casas. El célebre coronel atravesaba siempre por entre las ruinas para acortar el camino y llegar cuanto antes a su ama, donde roncaba como las contras de un órgano viejo, exhalando así los vapores de la rubia carmelitana.

Una noche había cerrado obscura y amenazante, apiñándose negras nubes en las vecinas montañas del Rincón y del Punhuato. Vientos de tormentas azotaban con su látigo las tinieblas. Relámpagos cobrizos inflamaban sin interrupción los

senos de los nimbos. Truenos colosales conmovían terriblemente la atmósfera. Gruesas gotas, casi chorros, empapaban la tierra reseca y tostada por los largos calores estivales. Las calles parecían ríos desbordados. El coronel y su amable compañía resolvieron no salir de la trastienda, en tanto que se alejase la tempestad a fin de no coger cuando menos un catarro.

Sonó el reloj de la catedral a las dos de la mañana. El trueno se apartaba poco a poco. Una llovizna quedaba tan sólo, acompañada de un frío y húmedo vientecillo que calaba hasta los huesos. Había granizado. Furtivos rayos de luna se filtraban por entre las nubes, abriéndole los manchones de granizo. Los parranderos, arropándose lo mejor que pudieron con sus capas españolas, se lanzaron a la calle. El coronel siguió el acostumbrado camino de las ruinas que en esos momentos estaban intransitables, para otro que no fuese él. Iba cruzando el cementerio cuando le llamó la atención el chirriar de las puertas del templo de San Francisco, que se abrían girando sobre sus goznes enmohecidos. Una insólita claridad irradiaba del interior del templo como si fuese presa de la llamas. Notas perdidas de un concierto y murmullos de rezos en conjuntos corales de voces gangosas y profundas, brotaban del santuario.

A fin apareció una procesión de hermanos terceros con sus sayales azules ceñidos de cuerdas blancas. Marchaban de dos en dos con cirios encendidos en las manos. Sus caras demacradas y amarillas revelaban antigüedad remota. Al cabo de la procesión aparecía un fraile nimbado de luz albeante, de andar grave y majestuoso. Sus ojos centellaban como dos soles. De sus manos, de sus pies y de su costado brotaban rayos de luz apacible y serena como si estuviesen guarnecidos de brillantes.

Entonces el coronel perdida la embriaguez, se había arrodillado como fuera de sí, embobado, estupefacto. Vio que al llegar los Terceros adonde el estaba, le apagaron uno a uno las velas sobre la espalda; mas al llegar el fraile de semblante glorioso, se detuvo, asumió aire de majestad empuñando el cordón blanco y grueso con que iba ceñido y le azotó con el al mismo tiempo que exclamaba: ¡Lo hago por tu bien!. El coronel quiso llorar y las lágrimas se negaron a salir de sus ojos; quiso hablar y la voz se ahogó en su garganta; intentó pedir perdón pero antes que su mano golpease el pecho, cayó sin sentido entre los mojados escombros. . .

La alborada era de un día azul. Febo rubicundo lanzó sus primeras miradas alegres y risueñas, envolviendo el espacio en una telaraña de oro. Los pájaros que gorjeaban en la arboleda, soltaron a la postre sus melodiosos cantos. El coronel despertó pero no volvió en sí porque estaba. . . loco.

Posteriormente discurría por las calles de Morelia con su sombrero de anchas alas en la mano, deteniendo a sus amigos para decirles:

-";Me conocéis? Yo soy el coronel. . . Miradme bien que yo soy aquel a quien san Francisco dio un cordonazo. . . En seguida se marchaba sin despedirse.

Como me lo contaron te lo cuento.

EL CALLEJON DEL MUERTO

Calle de Fray Bartolomé de las Casas

TODO PASA CON EL TIEMPO, y muchas veces ni señales quedan de lo que fueron las cosas. Los palacios y los templos se convierten en ruinas y éstas mismas desaparecen como las flores de los campos. Si esto pasa con las grandes cosas. "¿Que será con una calleja?"

En tiempos que ya pasaron, la iglesia de San Francisco de Valladolid estaba circundada por una tapia ondulada por cuya cima sobresalían copados fresnos y agudos cipreses. Al lado norte corría una estrecha calle de oriente a poniente limitada por casuchas destartadas y por la tapia ondulada del cementerio. Como a la mitad de la calleja, había una casa que nadie jamás quería habitar por los espantos que según la fama en ella había, no sólo en esas horas medrosas de la noche en que doblaban las campanas de la vecina torre en sufragio de las ánimas del Purgatorio, sino hasta en la mitad del día, cuando los rayos del Sol todo lo iluminan y alegran. Sonar de pesada cadenas que se arrastran; crujir de goznes enmohecidos de puertas que se abren; maullar de gatos embravecidos; aullar de perros extraños; voces destempladas que gimen y sollozan; luces que se apagan y vuelven a brillar como fuegos fatuos; piedras lanzadas por mano invisible era lo que ordinariamente sucedía en aquella casa que dio nombre a la calleja que es el objeto de esta leyenda.

Don Diego Pérez de Estrada era un comerciante en paños, sedas y mantones que después de haber recorrido varias ciudades de la Nueva España por razón de su comercio, había fijado su residencia definitiva en Valladolid, por considerarla más apropiada para sus proyectos de casarse con una heredera acaudalada cuanto bella y volverse luego a su pueblo que estaba situado entre las sinuosidades de las montañas santanderinas.

En efecto, entre la muchedumbre de muchachas vallisoletanas que acudían a su vistosa tienda conoció a la más linda y más rica joven que sobresalía entonces como reina de la belleza y de la gracia en esa tierra legendaria.

Doña Inés de la Cuenca y Fraga, huérfana de padre y madre y heredera de una de las más extensas y poderosas haciendas de la Tierra Caliente, rayaba en los veinte años y su reja era la más rondada por los galanes más garridos de entonces. Y con razón. No era alta más tampoco baja. Esbelta como palmera. Blanca como el armiño. Sus pies pequeños y arqueados. Sus manos llenas de hoyuelos con dedos redondos, largos y agudos. Sus brazos hechos a torno y cruzados por venas azules. Sus mejillas sonrosadas. Su barba partida. Su boca pequeña y purpúrea. Su rostro ovalado. Su frente pura y tersa. Su larga y espesa mata de cabellos parecía un haz de luz dorada. Sus dientes como dos sartas de perlas apretadas. Su nariz griega. Sus cejas finas y bañando todo aquel conjunto armónico la brillante luz de los soles de sus ojos cercados de crespas y áureas pestañas.

En lo moral era tan bella como en lo físico. Sus manos siempre abiertas como su corazón para aliviar las miserias de los enfermos y de los pobres. Su piedad severa, tierna y agradable. Su hablar cadencioso y mesurado estaba pronto a defender la honra de los demás mordida por la envidia o por el odio. Las viudas y los huérfanos encontraban en su casa, calor, techo y pan. De su cuenta no hubiera ningún desnudo ni hambriento. Todos tendrían casa en que vivir y comerían gallina. El día que nadie le pedía un favor se entristecía. En suma era una flor de virtudes. Don Diego, hombre de mundo, supo infiltrar paulatinamente en aquella hija de Eva tan hermosa y tan buena el amor, amor sincero, puro, acendrado de parte de ésta; amor interesado, vano y superficial de parte de aquél. ¡Pobre muchacha! Había caído en las redes del amor como la mosca en la tela de la araña.

Propiamente en Valladolid don Diego no había hecho de las suyas, a lo menos que en público se supiese; en otras partes, había sido un calavera de marca, cuya patente la había logrado formar a fuerza de galanteos, cuchilladas con los matachines, y palos con las rondas. Era rumboso en extremo. Gastaba joyas riquísimas. Vestía con elegancia. Entre los suyos hablaba como carretero o peor que carretero y entre los extraños se expresaba pulcramente. No tenía, como suele decirse, padre ni madre ni perrito que le ladre. Conservaba en su atildada persona la apariencia de hombre de bien que necesitaba para lograr sus fines, y así pudo enredar a doña Inés.

Noche a noche a la luz de la luna o a la luz de la vela que ardía ante la imagen de la esquina, se veía a don Diego envuelto en su amplia capa ya yendo y viniendo a lo largo de la calle, ya al pie de la reja de su dama en íntimos coloquios con ella. A veces una alegre serenata lanzaba al viento sus acordes vibrantes y sonoros o sus quejas plañideras y sombrías, como señales del estado de ánimo de don Diego.

Llegó por fin, el día solemne en que don Diego pidió a doña Inés su mano. Esta antes de resolver quiso consultarlo con su padre espiritual para obrar con prudencia en un paso tan grave como el matrimonio.

Fray Pedro de la Cuesta, religioso franciscano, varón de acrisoladas virtudes, era el padre espiritual de doña Inés y al ser consultado por ésta acerca de si le convenía, o no casarse con don Diego, aplazó la resolución de aquel caso hasta no informarse minuciosamente de la conducta y origen de aquel aventurero que no de otra cosa tenía la catadura, a pesar de las apariencias. Después de muchas y laboriosas pesquisas supo que don Diego era de una familia santanderina de regular categoría y fortuna; pero que él era un hijo prodigo que pidió a su padre la parte de la herencia que le correspondía, para venirse a la Nueva España donde la disipó viviendo mal. Con lo que escapó de la prodigalidad, emprendió el negocio de andar de feria en feria con su carga de paños, sedas y mantones de Manila y a la fecha, con la experiencia adquirida, había logrado moderar su conducta y reunir una fortunilla que le permitía, a él solo, vivir desahogadamente y hasta con rumbo; que a varios de sus amigos había expresado más de una vez, que él por los excesos de su vida pasada, ya no podía amar de verdad, por tener gastado el corazón y que si fingía amor ardiente a doña Inés, era menos por ella que por sus cuantiosos bienes que a todo trance quería hacer suyos. De ella. . . ya se desharía a la mejor oportunidad que no faltaría.

Como del cielo, la tierra no hay nada oculto, el buen fraile pudo averiguar todo esto para aconsejar a su hija espiritual; y la aconsejó y ella hizo caso del consejo y dijo a don Diego que no, en una de las más bellas noches de invierno, a la luz de las estrellas y en el silencio de la reja.

Aquel no de la niña cayó sobre don Diego como terrible puñalada que de pronto lo dejó anonadado hasta más no poder; pero vino en seguida la reacción, y enfureciéndose, prometió llevar a cabo la más terrible de las venganzas en la persona del consejero.

Por varios días anduvo meditando la venganza. Realizó su mercancía. Quitó la tienda, y alquiló un cuartucho en la calleja que corre al lado norte del cementerio de la iglesia de San Francisco. Allí vivió algún tiempo acompañado tan sólo por un paisano suyo que era su dependiente y que ignoraba sus planes siniestros.

Una noche de tormenta en que las nubes negras y espesas se revolvían en el cielo como olas gigantes de un mar suspendido en el firmamento; en que los relámpagos y los truenos iban unos tras otros en precipitada marcha como ejército brillante y destructor; en que el viento enfurecido bramaba entre las calles oscuras y desiertas; en que la lluvia y el granizo azotaban sin piedad a Valladolid por todas partes; un embozado salía del cuartucho, entraba por la puerta del cementerio cruzaba por entre los sepulcros y los árboles y llegaba a la portería del convento. Dio tres o cuatro golpes con el llamador de bronce que era un lebril que tenía entre sus patas delanteras una bolita. En seguida se abrió la puerta guarnecida de enormes clavos de bronce enmohecido, chirriando en sus goznes. Al aparecer al lego portero con su capucha calada, le dijo el embozado: - Hermano, en la vecina calleja un moribundo quiere confesar sus culpas a fray Pedro de la Cuesta. Decidle que por caridad no rehuse oír su confesión.

No tardó el religioso en salir y acompañado de aquel embozado se dirigió al sitio donde estaba el enfermo. Penetró en el cuartucho que estaba débilmente iluminado por una vela de cebo. Se acercó al lecho del moribundo que no era otro que don Diego. Le habla una y otra vez y don Diego no responde. Da voces el padre; entra el embozado, registran a don Diego y le encuentran muerto, empuñando una daga con la cual iba a matar a fray Pedro, en cuanto este, se acercase, a oír su confesión. En seguida se alejó más que de prisa el religioso exclamando: -!Yo confieso a vivos pero no a muertos!

A la mañana siguiente se divulgó en un momento el caso maravilloso y toda la gente decía: -"Vamos al callejón del muerto."

Lector, si no lo crees, estas en tu derecho. Por lo que a mi me toca, te lo cuento como me lo contaron al calor del hogar en una noche de finados después de haber gustado el fiambre famoso, entre personas queridas.

Como me lo contaron te lo cuento.

EL TESORO DE SAN FRANCISCO Y LOS INSURGENTES

Convento de San Francisco

INDAGANDO YO una vez algunas noticias acerca de don Mariano Matamoros, tropecé con un viejo gordo, de cara ancha y redonda, de hablar insinuante, y pausado, criticón en demasía, sincero y generoso, indio de pura sangre, no pobre pero tampoco rico, empuñando siempre un bastón matacán, embozado en las aguas y en la seca, en el invierno y en el estío, con capote gris de paño de lana, amante de anécdotas y de leyendas, de cuentos y de historias, con ímpetus agresivos a las veces. Este buen señor me llevo a un bodegón del costado sur del mercado de la Constitución, que habita una familia pobre que se mantiene de vender canastas de carrizo, petates de tule, cucharas de palo, mecates y costales de ixtle, molcajetes de piedra china, loza de barro y otros chismes. Este bodegón apuntalado que ve usted -me dijo-, era el descanso o sala De Profundis de los Hermanos Terceros de San Francisco. Ahí esta la alacena donde se guardaban el paño mortuorio, los cuatro candeleros negros, los cirios amarillos, el crucifijo, y estandarte con el escudo de la orden. Ahí esta el poyo donde se sentaban los veladores. Ahí esta la puerta que comunicaba con la casa del sacristán a donde los Hermanos Terceros que velaban, iban a tomar el café o las hojas de naranjo para soportar la desvelada. Pues bien, aquí velaron el cadáver de Matamoros, después de haber sido fusilado. Después me condujo a otro bodegón ocupado por otra familia cuyo comercio consiste en vender trastos de barro de Tzintzuntzan; Santa Fé y Pinicuaró. Este se encuentra en la parte sur de las ruinas del convento de San Francisco. Es de bóveda de crucería con una magnífica puerta románica coronada por el escudo de la orden; la cruz sobre el mundo, dos manos llagadas y cruzadas a la mitad de la cruz y las cinco llagas. Las maderas de la puerta labradas en cedro, ostentan envejecidas el bello arte de los maestros carpinteros antiguos que esculpían y ensamblaban con un primor jamás igualado. Este salón -me dijo-, era el antrefectorio; sobre esos poyos que hay a lo largo de los muros, aguardaban los padres la señal para entrar a refocilarse. Por la otra puerta, por la puerta de sobria arquitectura penetramos en salón inmenso de bóveda de cañón. Este salón de gigantescas proporciones era el salón de penitencia. Aquí se disciplinaban los frailes antes de ir al refectorio por la noche.

De allí me condujo al patio principal o claustro del convento de arquitectura bizantina donde está la gran escalera en cuyo fondo hay una puerta que parece a todas luces estar tapiada con ladrillo y argamasa. Esta puerta - me dijo- tiene un secreto que quizá sólo yo sepa; porque fui acólito del convento en mi niñez y de entonces acá no he revelado a nadie; mas ya que usted es amante de cosas misteriosas y secretas voy primero a abrir la puerta para penetrar en el escondite. Venga usted por aquí, me dijo, y me llevo por el lado del patio chico donde me mostró una pequeña claraboya guarnecida de una reja de hierro en forma de cruz, situada como a tres metros del suelo. Por aquí, me dijo, penetra el aire y la luz al escondite. Y subiéndose en un cajón de empaque para ponerse a la altura de la claraboya, cogió el centro de la reja dándole media vuelta sobre el centro. Se escuchó un rechinado propio de los hierros enmohecidos, como crujir de goznes. Entonces acudimos a la puerta tapada, y vi que aquel bloque de ladrillos y argamasa encuadrado en una armadura de hierro se había abierto al empuje de una bien arreglada combinación de palancas. Penetramos en aquel cuarto iluminado apenas por la débil claridad que entraba por la claraboya y pude ver en el fondo otra puerta angosta y un poco más alta que un hombre.

Abrimos la madera que era de primorosa marquetería. Encendimos unos cerillos y comenzamos a bajar por una angosta escalera hasta poner los pies en el pavimento de una sala cuadrada con recia bóveda de crucería, de cuyo centro pendía una araña de hierro. Buscamos algo en que subirnos para alcanzar un cabo de vela de cera que aún estaba en uno de los arbotantes y lo encendimos. A la luz de aquella cera antigua e inesperada comenzamos a examinar una a una todas las lozas sepulcrales que estaban alineadas a lo largo de los cuatro lienzos del muro que formaban la sala. Uno de los nichos mortuorios estaba vacío y junto a él había un montón de escombros.

Aquí, me dijo, estaba escondido un tesoro desde tiempo inmemorial y fue descubierto de la manera que voy a referir a usted. Nos sentamos sobre los escombros y después de toser dos o tres veces en voz que resonaba lúgubrememente en aquel recinto subterráneo, habló poco más; o menos de la siguiente manera:

Era el primer año de la guerra de independencia, las autoridades virreinales habían enviado al convento de San Francisco a unos españoles y a unos criollos en calidad de prisioneros por creérseles con fundamento, complicados en la insurrección contra el rey. El guardián del convento recibió a los prisioneros; mas como buen mexicano era amante de la independencia de su país, y por lo mismo los ocultó en este sótano donde estamos, simulando que se habían escapado durante la noche por las tapias del convento. Sólo él sabía el secreto y a mañana y a tarde les llevaba agua y alimentos para sostener su vida. Así estuvieron por algunos días mientras se disipó la tormenta desatada contra el patriota guardián.

Un día o más bien una noche, porque aquí siempre es de noche, que uno de los encerrados clavaba unos clavos para colgar los sombreros y las ropas, notó que los clavos se hundían tan fácilmente como si aquella pared estuviese hueca, aparte de un sonido metálico muy fino que se producía por detrás del muro.

Al venir el guardián a traerles los alimentos, le hicieron observar aquellos sonidos, e inmediatamente procedieron a echar abajo la pared de tabique. ¡Oh asombro! De arriba a abajo estaba el nicho repleto de sacos de pesos españoles ennegrecidos por la acción de los años. Sacaron aquel dinero enseguida y fue siendo trasladado poco a poco a la tesorería del convento sin haber memoria de aquel guardado cuantioso.

Habían pasado los días y la insurrección seguía adelante. El guardián dio libres a los españoles y a los criollos que de noche salieron de la ciudad para incorporar a las fuerzas de aquel rayo de la guerra que rompió el sitio de Cuautla, llevando consigo una carta que ponía a disposición del caudillo para los gastos de la guerra aquel tesoro descubierto en la cripta olvidada del convento de San Francisco.

Salimos de aquel escondite ya entrada la noche. Nuestros pulmones ya necesitaban respirar libremente y a bocanadas el aire libre. El señor de hablar insinuante y pausado cerro de nuevo la puerta de ladrillos y argamasa para no abrirse jamás, volteando al contrario la reja en forma de cruz de la claraboya y nos despedimos abismados y pensativos.

Al día siguiente de estos sucesos hice una visita al guardián moderno de San Francisco, preguntándole algo relativo a lo que me había referido el indio de hablar insinuante y pausado a la mortecina luz de antiguo cabo de vela sentados sobre los escombros de una sepultura, respirando un aire encarcelado y caliente.

Una sonora carcajada del guardián resonó en la antesacristia del templo perdiéndose de eco en eco: -"No, amigo mío, no es cierto nada de eso. Es una leyenda como cualquiera otra. Tengo en mi poder un papel viejo que voy a enseñar a usted."

Se levanto de su asiento el buen religioso y se encaminó a un cofrecillo, de donde saco un papel amarillento escrito con pluma de ave y letra española, que a la letra dice:

En este convento de mi cargo estaban y fueron puestos en libertad diez y ocho europeos, cuyos nombres ignoro, porque en la entrega que se me hizo de ellos, no se me acompañó lista; y aunque en la misma noche del veinte y seis fueron conducidos en compañía de los inocentes europeos seis delincuentes criollos, que admití sólo por las circunstancias: éstos a la noche siguiente se fugaron por las tapias del convento.

Dios guarde a Vuestra Merced muchos años, Valladolid 29 de diciembre de 1810. Fray Miguel Rodríguez. General de San Francisco. Señor Alcalde de Segunda División Ramón Huarte.

-Este documento le prueba a usted que todo lo que le refirieron a usted no es más que un cuento fantástico. Por lo demás ni había tal tesoro, ni ocultaron a los prisioneros, ni favorecieron la fuga, ni enviaron carta a Morelos, ni aunque hubiera habido tesoros se le habría mandado un solo centavo, dado que de lo que es de la comunidad, no podemos disponer sin autorización superior, ni nos metemos, ni podemos meternos en política, aunque seamos mexicanos y por lo mismo patriotas."

El Sol había llegado a la mitad del cielo lanzando flechas encendidas, cuando yo salí de la antesacristia de San Francisco, deslumbrado por la aparición de la verdad sencilla y placentera.

Días después tropecé casualmente con mi viejo narrador, enseñándole el documento que tomo en sus manos y leyó detenidamente después de calarse la empañadas gafas.

-"Es la verdad-me dijo-, pero como anda usted a caza de leyendas, no tuve empacho en urdir la que le conté para divertirlo un rato. Si hice mal permóname, pero creo que los cuentos referidos por mi son muy divertidos. . ." !

Después de tenderme y estrecharme la mano se alejo paso a paso, contoneándose como pavo mexicano por no decir guajolote.

Como me lo contaron te lo cuento.

LA VENTANA DEL MUERTO

Convento del Carmen

LA IGLESIA DEL CARMEN y las ruinas de su convento ocultas entre melancólicos cedros despiertan en el alma mil recuerdos de fantásticas narraciones que abuelas de nevada y noble cabecita nos contaban para entretenernos en las largas y frías veladas de invierno.

Ha muchos años, cuando florecía en Valladolid la orden del Carmen, había entre los novicios un joven de la mas noble familia vallisoletana que en religión había tomado el nombre de fray Jacinto de San Angel. De carácter extremadamente jocosos, era la sonaja del convento: no había religioso por grave que fuese a quien no bautizase con oportuno, agraciado apodo; no había novicio a quien no mortificase con travesuras pesadas en demasía; no había sacristán con quien no se hiciera enconadizo para empellar distraídamente a fin de que tirase las vinajeras llenas de rubio jerez, o la lumbrera del incensario; no había viejo cofrade a quien no pegase con cera de campeche en la orla del manto un diablejo de papel; no había organista a quien no cambiase repentinamente los registros del órgano en los momentos más solemnes en que ejecutaba clásicas fugas; no había cocinero del convento a quien no persiguiese implacable, echando en la olla del puchero cuentas de rosario viejo en compañía de dorados y gruesos garbanzos.

Para quitarle ese carácter o a lo menos para mortificarlo, había empleado el maestro de novicios todos los castigos que estaban a su alcance; amonestaciones, avisos espirituales, correcciones corporales, encierros en la bartolina, amenazas de despedirlo del convento vergonzosamente, llevadas a la severa presencia del prior; pero todo en vano como si el viento pasara por las rocas de granito. Por lo demás, con toda puntualidad practicaba la regla del convento y en ella era modelo de vocación religiosa: ayuno perfecto sin tomar rosquillas de anís, parvedad permitida en determinadas épocas del año, asistencia puntual al coro sin haber llevado jamás a la espalda la famosa almohada símbolo de la pereza, en la disciplina casi, casi cruel consigo mismo; aunque a veces disciplinaba a los demás en la obscuridad del Miserere siguiendo inconscientemente los impulsos de su carácter; nadie oía o ayudaba la misa mejor y con más devoción que él. Por estas cualidades y en atención a su familia, le toleraban su manía de travesuras casi incorregible que a las veces le produjo resultados amargos tan funestos como el asunto de este relato.

Había enfermado de mortal dolencia fray Elías de Santa Teresa, novicio grave, silencioso, serio cual ninguno y observante como todos de la santa regla. Los médicos habían sido inútiles; se echaba de ver que Dios le llamaba a su seno amoroso, y por tanto decidieron que recibiese los auxilios espirituales que la santa Iglesia tiene para los fieles quienes quiera que sean cuando van a partir de esta vida mortal a la eterna. Toda la comunidad se había reunido en el templo. El prior revestido de suntuosa capa pluvial llevaba en sus manos el copón de oro que contenía la forma eucarística, debajo del palio solemne sembrado de peonías. Dos religiosos con incensarios de cincelada plata nublaban el ambiente con el perfumado humo del incienso. Dos filas de frailes con vela encendida en la mano acompañaban al viático, y muchos niños de los que se educaban en el convento esparcían por el suelo pétalos de frescas y fragantes rosas. El enfermo recibió el viático entre las graves y sublimes notas del Miserere cantando en la capilla de la iglesia y las protestas de amor y de fe sencilla y acertada.

A pocos momentos entró en agonía el enfermo, volando su alma a Dios. Sollozos entrecortados, plegarias fervientes siguieron a su muerte. Todos envidiaban aquella dicha. En seguida pusieron el cadáver en el féretro y lo condujeron, rezando el De Profundis, a la sala donde acostumbraban depositar los cadáveres de los religiosos para hacerles las honras fúnebres: la misa de cuerpo presente y el oficio de difuntos, para en seguida llevarlos a sepultar a la cripta.

Había llegado la noche. Lo que se veía desde el gran patio del convento era un soberbio pedazo de cielo azul intensamente ennegrecido por las sombras. Las estrellas relucían como si hubiesen aumentado su brillo acosadas por el frío del crudo invierno. La serenidad de la atmósfera convidaba a pasear el espíritu por las regiones de lo ignoto. Una que otra estrella fugaz cruzaba el espacio dejando su estela de oro trazada en el éter frío y negro. Fray Jacinto contemplando desde la ventana bizantina de su celda este cacho de cielo, salía fuera de sí, se ponía serio, dejaba la eterna risa que bullía en sus labios y hasta envidiaba la dicha del hermano muerto aquella tarde.

En esto suena la campana del convento llamando a maitines. En los silenciosos ambulatorios entenebrecidos iban apareciendo los monjes que salían apresuradamente de sus celdas que en doble fila por ambos lados de los ambulatorios había, dirigiéndose al coro. Era fiesta de primera clase, porque era el veinticuatro de diciembre en que se conmemora la natividad del Señor. Los maitines y laudes eran solemnes y por lo mismo innumerables fieles inundaban el amplio recinto del templo bizantino. La iluminación era espléndida y fantástica. Centenares de farolitos venecianos destellaban como gigantes luciérnagas. Todas las arañas de cristal de roca cuajadas de luces las descomponían en los colores del iris. En el altar mayor se ostentaba el portal de Belén radiante y sublime. María de sin par belleza tenía entre sus brazos al niño Dios. José le adoraba estático. El buey y la mula arrojaban su caliente vaho para templar el aire enfriado por la nieve. Los ángeles cantando en las alturas el Gloria in excelsis y los sencillos pastores llevando en sus hombros los regalos al niño Dios.

En los maitines, los laudes, misa de gallo, desbordase un torrente de sincera devoción, principalmente al entonar el Gloria in excelsis Deo. Lanzó entonces el órgano un raudal inmenso de armonía que no cabiendo en el ámbito del templo repercutió afuera en el espacio, entre las sombras de los árboles, entre las vecinas calles. Las campanas de la torre alegres, sonoras, locas de contento prorrumpían a su modo cánticos de gloria como los frailes, como los fieles, como los niños, como la humanidad entera. Después al levantar el sacerdote entre sus manos la hostia consagrada, se dejan oír los villancicos, las castañuelas, las panderetas y todas esas sencillas y tradicionales invenciones del amor humano hacia el niño Dios el día de navidad en que los viejos se vuelven niños, en que el hombre se renueva, como el fénix de la flama.

Pasó la fiesta. Las luces fueron apagándose una a una y los fieles abandonaron el recinto sagrado del templo. Entonces los monjes se encaminaron compungidos y silenciosos hacia la sala De Profundis donde estaba depositado el cadáver del fraile para rezar el oficio de difuntos. El rostro de fray Elías daba a conocer una tranquilidad profunda, iluminado por la tenebrosa luz amarillenta de los cuatro cirios que ardían en torno del féretro, colocado sobre un catafalco cubierto de negro terciopelo con franjas de oro, canillas y calaveras.

Al concluir el oficio y para no dejar solo el cadáver, era costumbre dejar dos novicios que le hicieran guardia. Esta vez tocó la guardia a fray Jacinto y a fray Juan de la Cruz. Se les dio permiso para tomar chocolate, ya por la desvelada, ya por la fiesta de navidad; más como fray Juan era sumamente medroso, prefirió ir a la cocina a confeccionar el desayuno antes que quedarse solo con el muerto. Este incidente bulló la imaginación de fray Jacinto que sin poderse contener, sacó al muerto de la caja sentándolo en una silla propia y él, fray Jacinto, se metió en la caja fingiéndose muerto. Ya los frailes se habían recogido en sus celdas de modo que en todo el convento reinaba el silencio mas profundo. Fray Juan volvía contento, jubiloso con el chocolate para fray Jacinto, después de haberse tomado el suyo. Se acerca en puntillas, se lo ofrece; pero !oh calamidad inaudita! se lo ofrecía al muerto. No aguarda más, sino que en aquel mismo momento, emprendió precipitada fuga hacia afuera. Fray Jacinto no queriendo dar a conocer su travesura sale de la caja y grita a fray Juan para que se detuviera, más entonces !oh suceso estupendo y digno de toda remembranza! El muerto que también se levantó, cogió un candelero con un cirio ardiendo y corrió tras los dos vivos que al notarlo se echaron fuera de sí, hacia abajo por una ventana que aún se conserva en la antesacristía de la iglesia. El muerto logró alcanzar a fray Jacinto, habiéndole apagado la vela en el cogote que al día siguiente se le encontró llagado. El muerto amaneció sobre la ventana empuñando todavía el candelero.

Apenas pudimos dormir esa noche después de que una abuela de nevada y noble cabecita nos contó este suceso para entretenernos en una larga y fría velada de invierno.

Como me lo contaron te lo cuento.

EL PRIMER OFICIO DE DIFUNTOS

Convento del Carmen

ERA FRAY VICENTE un novicio de treinta años, entre blanco y moreno. Con unas narices de alcastraz pegadas a una cara rechoncha e inmóvil en donde brillaban, bajo un dosel de grandes, arqueadas, espesas y juntas cejas dos ojillos negros y brillantes guarnecidos de pestañas tan crespas como las cejas. Los pabellones de sus oídos sobrepujaban toda ponderación por lo grandes y enhiestos. El cerquillo coronaba un casco menos moreno que el resto del color y tan crespo como las cejas y las pestañas. Bajo aquella nariz de anchos y flotantes poros se abría una boca roja como la granada y tan grande que poco faltaba para llegar a los oídos. Los dientes, anchos, grandes y blancos servían de biombo a la boca. Bajo de cuerpo, grueso de carnes, largo de manos y pies era en lo físico la peor figura humana que, sin embargo, ha contenido a pesar de los frenólogos el alma más bella y más grande que darse pueda. Inteligencia despejada y profunda. Palabra fácil, pausada y elocuente. Voz sonora y entonada. Erudición basta y sólida. Caridad inagotable para con los pobres. Obediente hasta el sacrificio. Silencioso y prudente, con otras mil virtudes así intelectuales como morales de nada fácil enumeración y elogio.

Antes de ser religioso fue abogado y tuvo intención de casarse con doña Nieves de Arriaga condesa de Casas Blancas, hija única del señor don Juan José Arriaga, primer conde de Casas Blancas que obtuvo el título de su majestad don Carlos III por haber enviado una cuantiosa donación para las víctimas de un incendio colosal en un pueblo de Castilla la Nueva de donde era él originario. Por la llegada y solemnización del título en la muy noble y leal ciudad de Pátzcuaro, se suspendió la boda que ya casi estaba arreglada. El era simple abogado y se llamaba don Vicente Pérez a secas, hijo de un rebocero y tejedor de Zamora. Su patrimonio era su título de abogado y su riqueza su gran talento y sus virtudes.

Nieves era un prodigio de belleza. Blanca y sonrosada como la nieve herida por la luz difusa de un crepúsculo de primavera. Su pupila castaña cercada de pestañas largas y crespas parecía flotar en un mar de luz apacible y serena. Su rostro ovalado lucía una nariz recta, una boca pequeña y purpurina y una barba hundida por un hoyuelo. La mata de sus cabellos robusta y lozana se abría en dos trenzas gruesas y brillantes que descendían cruzadas en columpios por su espalda. Su cuello alto y redondo. Su busto firme y escultórico sosteniendo con donaire y majestad su cabeza. Los brazos hechos a torno. Sus manos pequeñas de dedos redondos y puntiagudos. Los pies pequeños como las manos, arqueados y garbosos. El talle delgado y cimbrador. La estatura regular más bien alta que baja. La fisonomía noble, bondadosa e inteligente daba a todo aquel conjunto de primores un aire de grandeza que muy bien podía ostentar en su frente aquella corona que don Carlos acababa de conferir a su padre, y que ya había ostentado en el sarao reproducida en diamantes, esmeraldas y rubíes.

Así como la fealdad del licenciado Pérez no había sido parte para que Nieves no le quisiera tan acendradamente, así el título de su padre y de ella propia no había impedido para que le siguiera queriendo igual que antes; mas la pálida muerte dispuso otra cosa tronchando cruelmente aquel lirio recién abierto. Una enfermedad violenta contraída en el ejercicio de la caridad a que eran tan aficionadas las antiguas damas le cortó el hilo de la vida, despachando al cielo a aquella flor temprana, y dejando al licenciado Pérez en la desolación más profunda.

Esta aparente desgracia le condujo de la mano al convento del Carmen de Valladolid a tomar el hábito de la orden, que había merecido después de un largo y perfecto noviciado. Estaba a punto de profesar, y para ello procuraba fray Vicente prepararse lo mejor posible a fuerza de oración y penitencia. Con permiso del maestro de novicios noche a noche entre diez y once hacía una larga y sentida oración en la tribuna del antecoro en presencia del Santísimo, después que los demás novicios y comunidad de padres graves se habían recluso en sus celdas a tomar el necesario descanso.

El Carmen es un hermosísimo templo románico coronado de cúpulas cubiertas de azulejos y de escudos de la orden. Una palma que no torre, es el campanario. En derredor hay una arboleda de cedros, fresnos, eucaliptos y cipreses que le sirven de misterioso vestíbulo, en especial de noche a la luz de la luna. En el interior como todas las iglesias del Carmen hay una capilla frente a la sacristía que sirve de sagrario, y en lo alto una tribuna volada con celosía de madera calada y labrada al estilo morisco, que comunica con el antecoro por una angosta puerta. Desde esta tribuna o balcón se mira el altar mayor y el sagrario y pueden presenciarse desde ahí los oficios divinos. Este sitio fue el teatro de esta fantástica leyenda.

Una noche víspera de la gran fiesta de la Virgen del Carmen, después de los solemnes maitines, fray Vicente se había ido a la tribuna como era de costumbre a hacer su hora santa para prepararse a la profesión que iba a tener lugar al día siguiente por la tarde antes de la procesión del Corpus. El templo estaba cerrado ya, y se envolvía en un manto de tinieblas. De cuando en cuando se asomaba por las vitrinas de colores un relámpago intenso, que pálida y confusamente iluminaba el sagrado recinto. El ruido del trueno que hacía vibrar los cristales se alejaba de eco en eco por el espacio. Un aguacero torrencial producía ese estruendo especial de gotas que caen, de canales que chorrean, de viento que azota, de árboles que se mueven, de agua que corre en cascadas. Aún se notaba ese olor embriagante de ceras apagadas, de flores marchitas y de incienso que se respira en el templo después de las ceremonias solemnes. La única luz que interrumpía la completa oscuridad era la luz rojiza de la lámpara de cristal de roca que ardía en el sagrario delante del Santísimo, como esas estrellas que fulguraban en el horizonte en las noches nubladas.

Estaba el buen novicio arrobado en sus meditaciones, cuando oyó cerca de sí un ruido como aleteo de golondrinas en los cristales de una ventana, como pasos callados y silenciosos, como fru fru de ropajes de seda que se aproximan, como murmullo de rezos de rezos apagados. Una lucha interna se despertó en su mente. Quería volver el rostro para ver lo que podía ser aquello tan extraordinario en horas en que nadie más andaba por ahí sino él. Quería no hacer caso y continuar su oración interrumpida, a pesar de sentir muy cerca de sí el calor de una persona que se ha aproximado bastante.

Un calosfrío intenso comenzó a sacudir sus nervios, como si estuviese en contacto con algo sobrenatural; mas su fuerza de espíritu triunfo de aquella que él calificó de alucinación y continuó hasta la madrugada su oración.

La confusa luz matinal comenzó a dibujar todos los objetos del templo, los altares, las imágenes, las colgaduras de terciopelo franjadas de galones de oro, las arañas de cristal de roca. La campana mayor repetía uno a uno los toques del alba que daban en la catedral, desatándose enseguida un alegre clamoreo de esquilas y campanas por la fiesta del Carmen. Cohetes voladores atronaban en el espacio, en armonía con las notas más o menos destempladas de las murgas que recorrían las calles circunvecinas, alegrando el barrio. Por fin estalló el día espléndido, bullicioso bañado en las tempestuosas aguas de la noche. El templo abrió sus blasonadas puertas y los devotos y cofrades del Carmen comenzaron a penetrar en el santuario, fray Vicente se entregó contento y feliz a desempeñar sus ocupaciones de aquel día, mientras llegaba el momento tan ardientemente deseado de consagrarse por completo al Señor.

Eran las tres de la tarde. Las campanas de la iglesia llamaban a la solemne profesión religiosa que acostumbraba hacerse cada año en día como aquel antes del corpus. Los fieles llenaban de bote en bote el recinto sagrado. Todos los cirios ardían. La luz dorada del Sol que caía penetraba a torrentes por la puerta mayor abierta de par en par. La bella escultura de la virgen del Carmen radiando de joyas y bordados sonreía a su niño en lo más alto del altar entre frescas y fragantes rosas. Llega el momento solemne. Los religiosos vestidos de café y blanco van saliendo de dos en dos de la sacristía, y colocándose a uno y otro lado del altar. Luego el obispo revestido de sus ornamentos pontificales vino a sentarse con verdadera majestad imperial en el sitio de grana que se le había preparado a esperar al novicio que iba a depositar en sus manos los votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia para siempre. En seguida el prior de convento llevando de la mano al novicio le presentó al obispo quien le hizo una larga exhortación que conmovió hasta las lágrimas a todos los circunstantes, pronunciando después fray Vicente sus solemnes votos. Un repique a vuelo anunció regocijado aquella profesión religiosa y el órgano, como sonora tromba, como estruendo de catarata lanzó por sus tubos voces de contento, que repercutían en las bóvedas.

El Sol se había hundido ya tras las montañas azules del ocaso. Los últimos ecos de la solemne procesión del corpus se perdían en las calles que había recorrido. El humo de los cirios apagados subía en espirales arremolinándose en las bóvedas. El aroma del incienso trascendía como brisas de Arabia. El zumbido de las fiestas populares invadía la atmósfera silenciosa del convento. Las religiosas desde sus altas ventanas del convento por la fachada de oriente regocijadas contemplaban el mar de gente que bullía en la plazuela, la infinidad de puestos de frutas, nieves, enchiladas y fiambres, los fuegos artificiales y la iluminación de mecheros de manteca y hachones de ocote.

Pasó la fiesta del Carmen con todos sus encantos con el último cohete de luces de colores que cruzó el húmedo espacio. El silencio tornó a envolver las cercanías del templo, como en una pesada capa de plomo. La comunidad se recogió en sus celdas. Sólo el nuevo religioso, conmovido por los sucesos de aquel día para el de emociones profundas en que dio el último adiós al mundo, se encaminó como de costumbre a la tribuna del templo, a dar a Dios gracias en la soledad y el silencio por los beneficios recibidos. Estaba fray Vicente en lo más hondo de su oración, cuando, como en la noche anterior, volvió a sentir que alguien venía en puntillas y se acercaba a él, sin embargo de que para mayor precaución y por consejo del maestro de novicios, había cerrado por dentro con aldaba la puerta que comunicaba el antecoro con el balcón o tribuna. Esto sí que le causó un pavor profundo y tuvo que concentrar todas las fuerzas de su espíritu para mantener la serenidad y la calma. Volvió el rostro y vio cerca de sí a pesar de las tinieblas que envolvían el templo en un manto de luto, una figura blanca de mujer vaporosa envuelta en un ropaje largo y flotante que sin aguardar preguntas le dijo en voz suave y gemebunda, como el arrullo de la tórtola, como el piar de los polluelos, como el gemir del viento, entre los pinos:

-Si consagras en sufragio mío el primer oficio de difuntos que reces después de tu profesión religiosa, volaré en seguida al cielo, libre para siempre de las purificadoras llamas del Purgatorio.

-Nieves -contestó fray Vicente-, todos mis actos buenos, desde que entré en religión los hice en sufragio de tu alma e inmediatamente invitaré a la comunidad a que me ayude a rezar este oficio de difuntos.

Algo como una ráfaga de viento sopló sobre el fraile, desapareciendo la visión impalpable y vaporosa del espíritu de Nieves. En seguida y sobrecogido de terror fue de celda en celda despertando a los frailes que sin demora, sabido el caso, se

reunieron en el coro para recitar el oficio de difuntos que libertaría a aquella dichosa alma. Al día siguiente corrió de boca en boca este suceso que asombró a los ascetas moradores de Valladolid que conocieron más en particular al señor don Juan José de Arriaga conde de Casas Blancas y a su hija María de las Nieves, botón de rosa cortado por la mano seca y descarnada de la cruel Parca, cuando apenas se entreabría a los primeros rayos del Sol de himeneo.

Como me lo contaron te lo cuento.

EL SANTO CRISTO DE LAS ALHAJAS

Desaparecido Convento de Capuchinas

LOS CACIQUES DE PATZCUARO, don Mateo y don Antonio de la Cerda erigieron a la Virgen de Cosamaloapan una capilla al sur de Valladolid más acá del río chico, en acción de gracias por grandes beneficios recibidos de su liberal mano. El sitio no podía ser más pintoresco. Al oriente, los pueblos de la Concepción y de San Pedro, asentados entre frondosos arboles; al sur el riachuelo serpenteando entre las sementeras y las sombras de robustos sauces; por el poniente verdes lomeríos y admirables puestas de Sol. Al norte, la naciente Valladolid mostrando sus casas señoriales. ¡Qué lugar más adecuado para una casa de oración, para un monasterio!

Paseando un día por aquellos contornos con su única hija doña Clara, don Ramiro Ortiz de la Cerda descendiente de aquellos caciques patzcuareños fundadores de la capilla dedicada a la Virgen de Cosamaloapan determinó gastar un poco de sus caudales en levantar allí un templo a Dios y un claustro para su hija, que había dado muestras evidentes de una vocación decidida a la vida religiosa, y que no perdía ninguna ocasión para venir sola o acompañada de su padre a pedir a la virgen en su ermita el auxilio necesario para llevar adelante su propósito.

Era Clara un tipo de raza mestiza. Corría por sus venas la sangre de los Caltzonzin y de nobles castellanos que le daban a su carácter la dulzura de los unos y la entereza de los otros. Desplegada la flor de su belleza, la ocultó siempre lo más que pudo a la mirada de mil amantes que rondaban su casa y a quienes jamás abrió su reja. Como pasaba largas temporadas en la corte del virreinato alojada con sus tías en el convento de Corpus Christi de México, aprendió desde muy temprano a seguir escrupulosamente los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia que las monjas de Corpus Christi observaban con tanta severidad y pureza. Clara deseaba ardientemente meterse de monja en Corpus Christi, jardín cerrado donde florecían las más excelsas virtudes; pero don Ramiro, para no alejarse de su hija determinó más bien que se fundase a su costa en Valladolid el convento de Capuchinas en un todo semejante a Corpus Christi, lo cual se consiguió a principios de la décima octava centuria. Felipe V, por real cédula fechada en el Pardo el 14 de Marzo de 1734, concedió el permiso para la creación del nuevo monasterio en la noble y leal ciudad de Valladolid, hoy Morelia.

La iglesia y el convento se construyeron en el mismo sitio donde estaba la capilla de Nuestra Señora de Cosamaloapan y las religiosas fundadoras se trasladaron al convento saliendo del monasterio de Santa Catalina donde estaban alojadas, yendo en procesión con grande acompañamiento de clero, nobles y pueblo, presidida por el doctor don Marcos Muñoz de Sanabria, arcediano de la santa iglesia catedral. Danzas que representaban moros y cristianos, conquistadores y conquistados con sus ricos y vistosos trajes abrían la procesión. En seguida, los religiosos de las distintas órdenes invitados para tan solemne acto. Después, las religiosas fundadoras, entre ellas la novicia Clara Ortiz de la Cerda, cuyo rostro angelical brillaba de contento al ver llevados a cabo sus más ardientes deseos. Luego, la santa imagen de Cristo Crucificado en una cruz tapizada de espejos al estilo de entonces, para ser colocada en uno de los churriguerescos colaterales de la iglesia, y que fue apellidado casi desde entonces: el Señor de Santa Clara y después, el Santo Cristo de las Alhajas. Por fin marchaba el arcediano y su acompañamiento. El aire resonaba con el alegre clamoreo de las campanas y los truenos de los innumerables cohetes que lo hendían por todas partes, como serpentinas de luz chispeante. Los balcones, puertas y ventanas adornadas con frescas y fragantes flores y con tapices y policromos mantos de china, dejaban ver lindos rostros agrupados para contemplar la procesión solemne.

Después de muchos años, en cuanto se acabó el templo y fue coronado con su hermosa y elevada torre y se tallaron y doraron magníficamente sus retablos por el estilo de Churriguera, se colocó el Santo Cristo de las Alhajas en el altar que se labró en el crucero del evangelio. Lo particular de este crucifijo era, aparte de su hermosura, que la peana era un precioso alhajero forrado de carey, hueso y nácar con aplicaciones de plata. Dentro del muy amplio alhajero había multitud de secretos en donde conforme van profesando las monjas, se iban guardando ahí por devoción las joyas más o menos valiosas de que se despojaban. Sartas de perlas, sortijas con diamantes, esmeraldas y rubíes, gargantillas de oro, arracadas y aretes de oro y piedras preciosas, agujas y prendedores de incomparable riqueza artística, conforme a la antigua joyería y cada cajita secreta llevaba el nombre de la profesa que allí dejaba para siempre las galas del mundo. De aquí que, como esto era muy sabido y la soberana imagen muy milagrosa, todo el mundo acudía a ella en sus aflicciones y le llamaba el Santo Cristo de las Alhajas. Además la ensortijada cabellera negra que el crucifijo llevaba en la cabeza era la misma que la abadesa del convento había cortado solemnemente a Clara Ortiz de la Cerda el día de la toma de hábito.

Estas dos circunstancias, la de los cabellos de Clara y de las joyas de las monjas dieron margen a dos curiosas leyendas.

La primera leyenda es la de la fiesta del Santo Cristo de las Alhajas que se celebraba constantemente el primer viernes de cuaresma. Entonces el templo se convertía en verdadera ascua de oro. Cantos solemnes resonaban en el coro repercutiendo de eco en eco en las bóvedas del santuario. Las nubes de oloroso incienso envolvían la rutilante custodia que brillaba en medio de ellas como estrella de primera magnitud. Las voces de los fieles entrecortadas por la mística emoción hacían el murmullo de las abejas que labran los panales de sabrosas y perfumadas mieles. Los áureos paramentos de recamadas telas

toledanas destellaban heridos por los centenares de luces que ardían en los altares y en las arañas de cobre dorado a fuego que pendían de la cúpula y de las bóvedas. La santa imagen del Cristo de las Alhajas ostentándose soberana bajo dosel de terciopelo de Génova color de madura fresa, todo lo señoreaba, y atraía todas las miradas de los fieles y arrebatava los corazones.

En uno de estos días, habían terminado ya los solemne cultos. El olor de cirios apagados se difundía por el ámbito del santuario, no brillaba otra luz sino la de la lámpara como fuego fatuo perdido en la obscuridad.

El sacristán hacia ruido con las llaves para ahuyentar al último fiel que todavía no acababa sus rezos. Sin embargo, un joven de apuesta catadura se ocultaba sigilosamente dentro de un confesionario de admirable talla que estaba situado debajo del coro. Fueron cerradas con llave las puertas del templo, quedando todo sumido en la soledad y el silencio. Entonces sale cautelosamente de su escondite el joven que no era otro sino don Juan Bautista Gómez, hijo de un noble y acaudalado agricultor residente en Valladolid hacia largos años y que prendado mas que todos de la belleza de Clara, y perdida ya la esperanza de hacerla su esposa, quería tener solamente un valioso recuerdo de su adorada, arrancando su cabellera a la cabeza del Cristo de las Alhajas. Sube temblando al presbiterio, alza la diestra para apoderarse de la cabellera, cuando el Señor desclavándose una mano, cogió por los cabellos al atrevido joven, que sin más ni más cayo de espaldas desmayado hasta el día siguiente en que arrepentido divulgó el suceso.

La otra leyenda es la de las alhajas. Durante la primera exclaustación que sufrieron las religiosas el templo de las Capuchinas quedó casi desierto, cerrado por algunos días. En su recinto habían cesado los cantos litúrgicos, las lámparas se habían extinguido y por la noche en vez de la sonora voz de la esquila que llamaba a maitines al mediar la noche solamente se escuchaba el ronco reclamo del búho. El aroma se había evaporado. Un silencio profundo reinaba en el claustro.

Así las cosas, una noche lóbrega, noche de tormenta, en que el viento zumbaba, las nubes relampagueaban y repetidos truenos ensordecían, un hombre ocultándose cautelosamente entre las sombras se acercó al costado del templo y lanzó con poderosa mano un gancho atado a una cuerda hacia uno de los ventanales, quedando el gancho atorado y la cuerda colgando. Agilmente se subió, rompió los cristales de la ventana y luego se perdió entre la obscuridad del templo.

A la débil claridad de una vela que encendió, después de haber sacado la chispa del pedernal y prendido la pajuela de azufre, se acerco a la vitrina donde estaba encerrado el Santo Cristo de las Alhajas, rompió el cristal y se lanzó como ave de rapiña hacia la peana en busca de las alhajas; pero ¡oh sorpresa, las alhajas no estaban ya guardadas ahí! Entonces decepcionado, enojado se arrojó contra la soberana imagen para destruirla en un acto de furor insensato; pero en aquel momento una apoplejía le paralizó medio lado del cuerpo. Por muchos años arrastro su pierna por las calles de Morelia, contando el suceso, arrepentido de su indigna hazaña.

Después de todo, hace muchos años que no se habla más de estos sucesos. Todas las cosas van poco a poco desapareciendo a medida que dan sus pasos al tiempo para hundirse en el abismo de la nada. El olvido, flor que abunda en los campos de la vida, lo cubre todo para siempre. Estos hechos fantásticos, consignados en esta leyenda, sólo servirán de divertimento a los que gustan de las imaginaciones curiosas y brillantes.

Por lo demás, como me lo contaron te lo cuento.

EL TESORO DEL OBISPADO VIEJO.

Desaparecido obispado Viejo.

EL OBISPADO VIEJO del cual apenas quedan las señales, era un verdadero palacio colonial cuya ruina comenzó hace medio siglo. El jaramago, verdadera flor de las ruinas, la maleza y las campanillas azules pueblan sus patios cubiertos de escombros. Aquí, los muros ennegrecidos, manchados de musgo; allí, capiteles y fustes de columnas rotas y tiradas por el suelo; allá, el oratorio con sus bóvedas agrietadas y sus puertas esculpidas coronadas de escudos con cimera flotantes de hiedra.

El búho, la lechuza, el murciélago y la lagartija eran los únicos moradores de esas ruinas, hasta que un día se presentó un alfarero que las arrendó, para establecer allí una fábrica de loza vidriada y azulejo de colores, hizo estanques en el sitio donde estuvo la huerta para echar a podrir la arcilla, construyó hornos, contrató operarios, llenó de leña los cuartos que había en buen estado aún y en seguida se comenzó el trabajo con tal ahínco que en breve pobló los mercados de loza y las cúpulas de azulejo.

Este maestro alfarero era más bien buscador de tesoros que hacía tiempo sabía que allí, en el Obispado Viejo había enterrado desde la guerra de independencia, un tesoro que superaba a toda ponderación y que él quiso buscar so pretexto de poner allí la alfarería. Había oído que en la noche del jueves santo, pasaban en aquellas ruinas cosas maravillosas que sin duda se relacionaban con su intento y a todo trance quiso presenciárselas llegado el caso. Mas antes, no dejó de hacer sus pesquisas que siempre resultaron infructuosas. De noche, cuando todo callaba, menos el graznido de la lechuza y el ronco gemido del búho, el alfarero se entregaba a las excavaciones con el mayor silencio y sigilo, ya debajo de la ancha escalera sin peldaños, ya en el maltrecho pavimento de la biblioteca, ya en la fuente seca de la huerta, ya al pie de un añoso fresno rodeado de retorcidos y viejos limares, ya en este o en aquel muro macizo donde había sonado hueco, al golpear con el mango del zapapico. Pero jamás encontró sino pedazos de tìbores, fragmentos de vidrio, cueros y otras baratijas de ningún valor ni importancia. Cuando los operarios le preguntaban la razón de aquellos escarbaderos, contestaba que eran para proveerse de barro; pues no lo había en ninguna otra parte de mejor clase, aunque no los dejaba convencidos. Es un hombre misterioso, decían, quizá un brujo que anda buscando dinero enterrado que muy bien pudieron haber dejado aquí los gachupines cuando fueron expulsados del país. Los vecinos del templo del Carmen que oían de noche el acompasado golpear del zapapico, se asomaban por las hendeduras del portón o por las grietas de los muros y le veían fatigado y sudoroso cava y cava, a la escasa y rojiza luz de un mechero de ocote y manteca que daba al cuadro un aspecto fantástico, produciendo tonos calientes y sombras movedizas.

Llega por fin la ansiada noche del jueves santo. La luna llena había subido hasta la mitad del opalino cielo, derramando su luz melancólica y tibia sobre aquellas pavorosas ruinas. El alfarero sentado en una basa rota con los codos en las piernas y la cara entre las manos, aguardaba impaciente la hora precisa en que comenzaba el prodigio. Sonó lentamente el reloj de la catedral, una, dos, tres, cuatro agudas campanadas y después, la una de la mañana; y ¡oh prodigio inenarrable! Comenzaron a afirmarse los cimientos del palacio, a colocarse las basas, las columnas, los capiteles y los arcos en sus lugares; se rehicieron muros y techos, se iluminaron los salones, se colgaron los paños de tapiz, aparecieron los blasonados sitios como en los tiempos de fiestas y de recepciones episcopales. Del salón del trono salió un obispo a quien seguían unos pajes cargados de cofres forrados de cuero prendido con tachuelas de cobre dorado y abrazaderas de hierro. Bajaron la empinada escalera de mármol y se dirigieron por los anchos corredores del piso bajo hacia un cuarto que coincidía con el esquinar del palacio y en el cual el alfarero había puesto su estancia. Este, que se había levantado maquinalmente de su asiento, seguía y presenciaba aquella extraordinaria escena con aterrados ojos. Los pajes, dejando en el suelo los cofres, despejaron el cuarto de los muebles que tenía y que eran un dosel de terciopelo rojo con franjas de oro, un sillón blasonado y una mesa torneada, sobre la cual había un crucifijo de marfil amarillento.

En el lugar donde se ostentaba el dosel cavaron un poco y después de haber removido una enorme losa armada de dos argollas de hierro de cada uno de los extremos, bajaron por una escalinata a un subterráneo oscuro y profundo que se vio iluminado repentinamente por las hachas encendidas que los pajes llevaban en las manos. Al ser las sombras heridas por la temblona luz de las hachas, se dibujaron en las paredes sarcófagos sobre los cuales había borrosas inscripciones. Sobre el pavimento pusieron los cofres y para revisar los objetos en ellos encerrados, los abrieron y en una mesa que allí había, fueron poniendo uno a uno los ornamentos sagrados y las alhajas. Ternos toledanos recamados de oro, plata y seda; ternos florentinos bordados de imaginiería; capas pluviales, frontales, almaizales y palios suntuosos; mitras cuajadas de perlas, báculos, pectorales, incensarios y vinajeras de oro esmaltado; relicarios de plata cincelada y dorada a fuego; anillos pastorales con esmeraldas, amatistas y brillantes. Después de haber tomado nota de tanta riqueza, fue de nuevo guardada en los cofres y cerrados estos con llaves de hierro cincelado. Salieron uno tras otro el obispo y los pajes, dejando caer sobre la entrada del subterráneo la pesada losa provista de dos argollas de hierro en sus extremos. En aquellos instantes volvieron a desplomarse con gran estrépito los techos artesonados, los muros, los arcos y las columnas; nació y creció por encanto la colosal y exuberante vegetación que antes había esmaltado las ruinas.

El alfarero aturdido y aterrado volvió en sí a los primeros rayos de un Sol primaveral, sentado aun en la basa rota con los codos en los muslos la cara entre las manos y el rocío en la cabeza calenturienta y desvanecida. Las carracas de las iglesias resonaban en sus torres, llamando a oficios. La gente iba y venía afanosa para contemplar los pasos dolorosos de Cristo en aquel viernes santo cubierto de flores y de los perfumes de la primavera.

En una semana desapareció de las ruinas del obispado viejo el alfarero, sin saberse mas de él, quedando sólo para memorias los muros ennegrecidos y las bóvedas ahumadas por el espeso humo de los hornos de la alfarería. La gente extrañando que de nuevo quedasen desiertas la ruinas exclamaba con frecuencia: !Qué va. . . el alfarero sacó el tesoro y se fue con él a disfrutarlo!

Como me lo contaron te lo cuento.

EL PERRO DE PIEDRA

Convento de las Rosas.

EN EL ANTIGUO Convento de las Rosas que hoy es hospicio de mujeres, hay un patio soberbio. Circuido por un claustro de pesada arquería barroca, ostenta en su centro una fuente tapizada de brillantes azulejos de Talavera de la Reina que tiene en medio una columna de granito rojo sobre cuyo capitel jónico, se destaca un enorme perro fantástico por cuyas entreabiertas fauces sale un borbollón de agua fresca y cristalina y cae espumosa en la gran taza de la fuente, murmurando tranquila y cadenciosa. En torno de la fuente se alzan melancólicos dos cipreses corpulentos que le dan sombra a la caída del Sol; muchos rosales, jazmines, camelinas y limoneros que embalsaman el ambiente a todas horas. Un pedazo de cielo espléndido cubre el patio, como un inmenso fanal de zafiro.

En ese patio sucedió el hecho fantástico que voy a referir según me lo contó una viejecita asilada allí hace muchos años, dado que falleció de ciento cuatro años y fue criada del convento.

Doña Juana de Moncada, condesa de Altamira después de enviudar quiso pasar el resto de su vida recluida en una casa religiosa de Valladolid. Y al efecto, escogió el Colegio y Convento de las Rosas donde se educaban muchas niñas nobles de la Nueva España. Ella podía ser maestra, pues dada su posición social y sus caudales había aprendido toda la cultura de su tiempo. Tocaba el órgano, la clave y la guitarra admirablemente; las labores femeniles de bordado en lino y en seda con hilo y con sedas de colores la habían hecho famosa; tejía como la araña, encajes de una finura y primor incomparables; cantaba como ruiseñor; leía y escribía gallardamente. En fin era una maestra consumada.

Había enviudado joven y sin familia y no quiso ver expuesta su hermosura, que era mucha, a los embates del mundo y las pasiones que siempre se ensañan contra las viudas. No quería tampoco contraer segundas nupcias; porque sabía que aunque ella era todavía joven y la hermosura no la había abandonado, sus pretendientes mas bien querían casarse con sus caudales que con ella. Y así decidió enclaustrarse.

Era de majestuosa presencia. Todas las damas de su familia como ella habían tenido un talento superior y una cultura nada común aun entre los miembros de su clase. Había heredado la barba partida y los hoyuelos en los carrillos de los Moncada. Su color era levemente moreno y sonrosado. Su piel limpia y fina como pétalo de azalea, mostraba a las claras la pureza de sus costumbres. Sus ojos negros y brillantes con sus cercos de pestañas crespas, nadaban como en un mar de luz. Sus labios delgados y purpúreos como herida recién abierta. Sus dientes como dos sartas de perlas. Su hablar cadencioso, mesurado y pintoresco. Reservada, prudente y oportuna. En fin adornada de cualidades no comunes que mucho aprovecharían a las educandas de Santa Rosa.

Mas entre todas esas cualidades que brillaban como estrellas en un cielo despejado y sereno, había un defecto y era el amor que tenía a un mastín grande y poderoso, de la raza que cultivó con grande y decidido empeño el emperador don Carlos V en España y los Países Bajos. Un mastín flamenco, respetable y bravo como pocos. Capaz de ahuyentar con sus ladridos al agresor más audaz y valiente. Capaz de destrozar con su doble dentadura a un hombre como a un lobo, si se le ponían delante en actitud agresiva. Por el contrario a las mujeres veía con cariño, casi con respeto, las halagaba con los ojos y con la cola, parándose en las patas traseras y echándoles sus manos en los hombros. A ninguna ladraba ni mucho menos mordía, y sí las cuidaba con celo, librándolas de cualquier desaguisado. Se llamaba Pontealegre, comía mucho y no se despegaba un momento de su señora. Lo trajo consigo de España y lo llevó al convento.

Allí era el regocijo, aunque ya estaba viejo, de religiosas y de niñas en las horas de recreo. Cómo corría hasta sacar la lengua de dos cuartas, cómo saltaba para alcanzar con el hocico la piedra que le tiraban, qué vueltas daba como rehilete cuando alguna colegiala le agarraba la cola, poniéndole algún colgajo de papel o bolita de merino. Se volvía chiquito cuando jugaban con él. Era, además, el azote de las ratas. No dejaba una con vida de día o de noche, en la huerta o en las bodegas. Por lo cual se hizo querer mucho por la comunidad de Santa Rosa.

Había en el colegio en esa misma época una joven educanda que procedente de Guadalajara recibía su instrucción allí. Era bella sobre toda ponderación: de estatura regular frisaba en los quince abriles. Le llamaban Remedios de la Cuesta. Era blanca como pétalo de azucena; rubia como unos oros; de ojos azules como el cielo. De talento claro y de carácter apacible y sereno. Aún existe el amplio mirador del Colegio de las Rosas. Desde el ábside de la iglesia y a lo largo del frente hasta la esquina corre una arquería de columnas monolíticas, defendidos los intercolumnios con barandales de hierro labrado a martillo.

Entonces, como no había tanta casa de altos, se gozaba desde allí de un hermoso panorama. Por encima de las casas se veía la loma de Santa María de los Altos y las altas y azules serranías que dibujan por el sur el horizonte de Morelia. A ese

mirador salían los jueves los domingos a solazarse las alumnas y por lo mismo no faltaban ya en la plazuela, ya en las esquinas de las calles adyacentes, muchos galanes que miraban a las colegialas con tiernos y enamorados ojos.

Era la primera vez que salía al mirador Remedios de la Cuesta y después del asombro general, llamó la atención del garrido alférez don Julián de Castro y Montaña, hijo segundo de don Pedro de Castro y Montaña, conde único de Soto Mayor. Este joven militar que había empezado su carrera sirviendo al rey en Africa, vino a Valladolid desde España a visitar a su familia que hacía tiempo allí estaba radicada, por motivos de agricultura. Se enamoró perdidamente de Remedios y decidió escribirle en seguida. Ella no quiso ligar todavía su voluntad ni mucho menos su vida con los lazos inquebrantables del matrimonio. Su rotunda negativa excitó la cólera del alférez que no estaba acostumbrado a esos menosprecios y sin más ni más se decidió a raptarla del colegio como en aquel entonces se estilaba, para lo cual tomó a fuerza de dinero todos los datos conducentes.

Era una oscura y silenciosa noche de invierno. Era tal el frío que poco faltaba para que comenzase a helar. Las estrellas relucían centelleantes sobre el negro fondo del cielo. Los perros estaban ateridos de frío y no ladraban para nada. El aire quieto y envuelto en sombras invadía las calles que conducían al colegio. En tanto un grupo de hombres con careta y con linternas que mal se ocultaban entre los anchos pliegues de sus capas marchaban cautelosos por detrás del colegio a lo largo del muro altísimo que lo circunda. Una vez llegados a la puerta falsa que aún se conserva tapiada, uno de ellos hace saltar el pasador de la cerradura con la punta de su daga toledana, y se abre la pesada puerta chirriando en sus enmohecidos goznes. Entran silenciosamente de uno en uno hasta cinco enmascarados, guiándolos el que parecía mandarlos, y no era otro, visto a la luz de las linternas que brillaban como fuegos fatuos, que don Julián de Castro y Montaña. Cerraron tras sí la puerta y se encaminaron paso a paso por entre las calles de la huerta, envuelta en sombras y en perfumes de violeta y arrayán. No habían andado mucho cuando Pontealegre los sintió, lanzándose como un león sobre ellos. No esperaban el ataque furioso del perro. Se retiraron un poco para mejor combatir con sus espadas desnudas; pero el perro que erizado parecía colosal entre las sombras se lanzó contra don Julian mordidiéndole la yugular. Un torrente de sangre brotaba de su cuello destrozado.

En cuanto los otros vieron a su jefe muerto acometieron por todos lados al valiente perro dejándolo traspasado de heridas al lado del desdeñado amante de Remedios de la Cuesta. Huyeron los acompañantes del alférez sin dejar más rastro que los dos cadáveres tendidos sobre el césped cubierto del rocío de la mañana.

Esta había llegado alegre y bulliciosa. Las campanas de los templos gritaban como locas, llamando a los fieles a las misas de aguinaldo. Los pájaros cantaban como pidiendo en voces melancólicas la retirada del invierno y la pronta llegada de la tibia primavera, para comenzar a edificar sus nidos. Religiosas y alumnas desperezándose al toque de la campana del colegio se encaminaron en filas al coro del templo para asistir a la misa de aguinaldo. Los churriguerescos colaterales brillaban como ascuas de oro a la luz de las ceras que ardían en las arañas de cincelada plata. Las blasonadas puertas de la iglesia, abiertas de par en par daban paso a los fieles que iban inundándola. Al lado del evangelio sobre una mesa cubierta de rico brocado de oro sembrado de rosas de Alejandría, se destacaban los peregrinos, caminando sobre un prado de musgo, en dirección a Belén. La Virgen iba sentada en una burrita vivaracha de brillantes ojos de esmalte y orejitas muy erguidas y cruzadas, como si temiese algún peligro. A su lado, José empuñando a guisa de báculo una vara florida de plata, cubierta la cabeza con sombrero de paja. Por delante el arcángel vestido de lujoso traje de oro y seda llevando en la mano la brida de la burrita. Y todo el grupo a la sombra de una frondosa palmera. En el cuerpo de la iglesia infinidad de farolillos venecianos de colores entre flotantes guedejas de heno pendientes de hilos invisibles se mecían en el ambiente como luciérnagas. Empieza la misa entre nubes de incienso y sonoros acordes de órgano acompañados del estruendo de las panderetas, de los cascabeles, de los pajaritos de agua y de los chinoscos de los niños. ¡Cuánta alegría en los semblantes y cuanta paz en el corazón! Llegan los momentos en que el sacerdote inclinándose sobre el altar consagra el pan y el vino. Entonces, cesa el ruido, calla el órgano y se prosternan los fieles entre las blancas nubes de incienso que brotan de encendidos carbones de los incensarios de oro. Pero al acabar de alzar la hostia y el cáliz, se desata el órgano en un torrente desbordado de acordes sonoros y brillantes que de eco en eco se van repitiendo en los ámbitos de la iglesia, hasta perderse en el espacio.

Termina la misa, cuando cunde por todo el convento que Pontealegre ha matado en la huerta por la noche a aquel señorito apuesto y gallardo que perseguía a Remedios y que de seguro se metió furtivamente en la huerta con no muy buenas intenciones. Mas el propio perro había sido muerto en el combate por multitud de heridas que bien a las claras demostraban la presencia de otros hombres que acompañaban al alférez. La superiora que ya lo era doña Juana de Moncada, dio pronto aviso a las autoridades virreinales acerca del suceso para que hicieran las averiguaciones del caso, que conmovió tanto a los pacíficos y nobles moradores de Valladolid. En cuanto acabo en el convento el bullicio de la autoridad por haber sacado el yerto cuerpo del joven alférez, las religiosas y las alumnas hicieron los correspondientes funerales al salvador de Remedios y del colegio, al famoso Pontealegre. Y como un monumento a su memoria erigieron la columna de granito rojo en medio de la fuente tapizada de brillantes azulejos de Talavera de la Reina, sobre cuyo capitel jónico, se destaca un perro fantástico por cuyas entreabiertas fauces sale un borbollón de agua fresca y cristalina, cayendo espumosa en la taza de la fuente que murmura entre el follaje tranquila y cadenciosa. Como me lo contaron te lo cuento.

SOBRE UN RAYO DE SOL

Palacio Episcopal.

SOÑAR CON LAS COSAS PASADAS y remotas tiene un encanto que nos seduce y nos fascina, hasta apartarnos imaginativamente de la edad moderna tan prosaica, llevándonos como en alas a aquellos tiempos que nos parecen mejores y más poéticos. A la vez que andamos entre los suntuosos autos y las aeronaves poderosas nos parece vivir, contemplando las antiguallas, centenares de años atrás, preñados de monumentos, de personajes, de galas, de palacios de reyes, de obispos, de damas, de sedas, de ropajes multicolores y de sucesos maravillosos.

El palacio episcopal de Valladolid mitad conservado y mitad en ruinas es un antiquísimo edificio, que fue morada de una serie no interrumpida de prelados ilustres desde Ramírez del Prado hasta Gómez de Portugal. Es una construcción colonial románica anterior con mucho al churrigüesco. En la esquina suroeste aún se conserva el nicho o doselete que engrandecía la estatua del santo patrono. El balcón se extiende con su baranda de hierro amartillado y de sobria labor a lo largo de la fachada que ve al oriente, dando vuelta por el hastial del sur, gozándose en el ángulo de un maravilloso panorama. Al oriente corre una calle que tiene por fondo el cerro del Punhuato cubierto en tiempo de aguas de un verde esmeralda y en el otoño de una coloración amarillenta salpicada de manchas verdes y rosadas. Al ponerse el Sol se reviste de violeta y se envuelve en un manto de gasa de oro. Al sur va otra calle formada por una serie de edificios antiguos entre los cuales se cuenta el hoy palacio de gobierno que fue primitivamente seminario. El fondo de esta calle es la fachada de la catedral coronada por sus dos altas, esbeltas y graciosas torres en medio de las cuales se asoma la cúpula cubierta de manchas negras por la acción de los años. Al poniente va otra calle formada también por edificios antiguos entre los cuales destaca el Convento e Iglesia de las Rosas con su cúpula plateresca. Al norte tiene vista para la iglesia del Carmen oculta entre las copas de los fresnos y de los cedros, limitando el horizonte campos labrantíos y azules y lejanas cumbres.

!Cuántas veces en ese amplio balcón se ostentaría la solemne figura del obispo recién llegado de lejanas tierras españolas o americanas para bendecir a sus ovejas que se agrupaban en torno de su nuevo pastor! !Cuántas veces engalanadas con suntuosos cortinajes de terciopelo de Génova color fresa, franjados de galones y flecos de oro, se abrirían aquellas puertas de primorosa marquetería para recibir al cabildo que en procesión solemne traía el sacramento como viático al prelado enfermo! !Cuántas veces cubierto de luto ostentaría en su salón del trono el féretro donde reposaban los mortales despojos de un obispo que había empuñando un báculo ilustre y se había coronado con una mitra que ciñera la frente de tantos y tantos hombres grandes como don Vasco de Quiroga y fray Juan de San Miguel Iglesias.

Hoy no es más que una humilde escuela oficial. Sólo resuenan allí en su recinto los cantos escolares, las voces de los maestros y los alegres y sonoros gritos de los niños que cuando están en recreo parecen una parvada de bulliciosos pajarillos apenas salidos del caliente nido.

Aquellos muros que en otro tiempo se revistieron de ricos y suntuosos paños de tapiz, de altares dorados y de costosas y sabias bibliotecas, se engalanan ahora con mapas de las cuatro partes del mundo, con cuadros de historia natural y de esa infinidad de estampas que sirven a la pedagogía moderna para educar al niño en la enciclopedia de las ciencias.

Aquellas espaciosas estancias que en otro tiempo se ennoblecían con estantes bargueños de inimitables ensambladuras y follajes tallados; con aquellos sillones de alto respaldo, de patas en forma de garras y tapizados de guadamacil con grandes clavos de cobre dorado a fuego en forma de margaritas; con aquellas mesas de incomparable y primorosa talla con incrustaciones de nácar, de marfil, de hueso y de carey que ostentaban monumentales relojes de bronce y crucifijos de marfil amarillento; hoy se amueblan con bancos escolares, encerados y mesas sobre las cuales están los libros de texto, los tinteros, las campanillas y los papeles.

En la estancia de honor, gabinete y despacho del obispo, aún embaldosada con rojos y compactos ladrillos hexagonales no desgastados a pesar del tiempo que todo lo consume, pasó la leyenda que por muchos años corrió de boca en boca.

El padre García, cura párroco de lejano pueblo de la Tierracaliente, había sido acusado calumniosamente de gravísimo delito ante el prelado, por lo cual se le llamó urgentemente de la mitra para que contestase el cargo que ameritaba desde luego una detención en las cárceles episcopales. Recibió el propio que le llevaba la comunicación en los momentos en que había mandado dar la primer llamada de la misa mayor del domingo y comenzaban los fieles a invadir la iglesia. En cuanto acabó de leer el documento citatorio, dijo al sacristán y a los fieles que su obispo le llamaba y que entretanto daban la segunda y tercer llamada de la misa, iba a Valladolid a conferenciar con el prelado. Esto dejó estupefactos a todos los presentes, porque sabían demasiado que era mucha la distancia que separaba a aquel pueblo de Valladolid y pensaron que su párroco estaba por volverse loco. Sin embargo aguardaron.

El padre García, mientras el señor obispo concluía su misa, examinaba los muebles de la estancia con visible impaciencia. En un extremo de la sala estaba un dosel de terciopelo rojo con flecos y franjas de oro. En medio del dosel un sillón de alerce tallado y tapizado de guadamacil con el escudo del obispado en el copete, y un enorme cojín de brocado con borlones de seda y oro a los pies. Al lado derecho del dosel y abajo de las tres gradas del trono cubiertas de gruesa felpa de colores, estaba una mesa con patas en forma de garras de león cubierta con un tapiz de brocado verde, sobre la cual se alzaba precioso crucifijo de marfil con corona y clavos de oro cincelado, en una cruz revestida de carey con cantoneras también de oro. Al pie del crucifijo un libro de evangelios con pastas esmaltadas. De uno y otro lado del crucifijo dos candeleros de plata repujada con sus velas de cera. El pavimento adornado con esas alfombras de tripe que se hacían a mano. La que había en el salón tenía en medio un gigantesco pelicano que rompía su pecho con el pico de donde brotaba un raudal de sangre que bebían ansiosos los polluelos empinándose en sus patitas. Las franjas estaban bordadas de hojas, flores y mascarones de horrible gesto. A lo largo de los muros y junto a ellos dos hileras de sillones de alerce tapizados de guadamacil con el escudo de la diócesis dorado sobre fondo rojo. En los rincones del otro extremo del salón había sobre dorados pedestales dos grandes estatuas de marfil, representando una el arcángel san Miguel y la otra la Virgen María con el niño en los brazos. De en medio del techo artesonado de cedro con fillos de oro pendía una araña de retorcido y fantástico cristal de Murano de ocho luces y una tiara en el centro que servía de veladora a una lámpara. Uno de los lienzos del salón, el que daba frente a las ventanas estaba cubierto de un gran tapiz flamenco que representaba la cena del Señor. En el otro lienzo y entre ventana y ventana había bordado con sedas de colores un escudo de armas del obispo reinante, sobre fondo de plata. Un caballero montado lanceando a un dragón que iba a devorar a una dama y alrededor tenía esta leyenda: "Tagle se llamó el que a la sierpe mató y con la infanta casó". En el fondo del salón había una puerta por donde penetró el obispo.

-Padre García -le dijo con vivacidad-, lo he llamado para que responda a la gravísima acusación que muchos de sus feligreses le han hecho.

Y subiendo el obispo a su trono acompañado de su secretario invitó al padre García a que se sentase.

Por una de las ventanas penetraba enfilado un rayo de Sol que iluminaba esos polvos infinitos que flotaban en el aire. Entonces el padre García echó su manto y su sombrero acanalado sobre el rayo de Sol, habiendo quedado allí como si estuvieren sobre una percha; y dijo al obispo: -Suplico a su señoría ilustrísima me despache pronto, porque es domingo y al venirme mandé dar la primera llamada de la misa y tengo que estar en la parroquia antes de que den la última para que el pueblo no se quede sin ella.

Maravillado el obispo y descubriendo en todo aquello la inocencia del padre García, sin más ni más le dijo: -Pues vaya usted a decir su misa y ruegue por mí.

Dando la última llamada y entrando el padre García en la iglesia a cantar la misa.

Lector si no lo crees diviértete cuando menos un rato antes de entregarte en brazos del sueño.

Como me lo contaron te lo cuento.

LA CALLE DEL DUENDE

Hoy calle de Fray Alonso de la Veracruz

MENOS QUE CALLE es y ha sido, según el testimonio de los más viejos abuelos, un callejón del todo solitario. Casi por ahí no pasa sino los vecinos de la pomposa calle de Fray Alonso de la Veracruz del Sector Nueva España, como hoy se denomina la calle y el antiguo Cuartel Cuarto de la muy noble y leal ciudad de Valladolid, hoy Morelia. Situado el callejón de norte a sur comunica la antigua calle Real, después calle Nacional y hoy avenida Madero Oriente, con la calle Fray Bartolomé de las Casas. Le sirve de fondo al norte parte del hermosa fachada del colegio Teresiano de Santa María de Guadalupe, en la actualidad Palacio Federal, y por el sur las casas construidas por el barón de Sorine en la que fue huerta del convento de San Francisco. No hay en el ninguna casa que llame la atención por su antigüedad o por su arquitectura; porque se han ido renovando poco a poco con detrimento de una de aquellas casitas de tradición colonial con sus ventanas de balcones salientes guarnecidos con barandales de hierro forjado a martillo y labrado en red, con sus perillas de bronce en sus extremidades; su zaguán claveteado también con rosetones de bronce y un mascaroncillo cuya fantástica lengua servía de llamador. Las canales de cantera semejando caimanes y su fachada coronada con una cornisa sobre la cual se destacaba una serie de almenucas, claramente decía que su primitivo dueño había sido algún hidalgo, algún transplantado de la vieja a la Nueva España para mejorar su fortuna.

Su actual poseedor o arrendatario, pues la crónica pintoresca no lo define a un punto fijo, era tan bajito de cuerpo que no pasaba de vara y media su prominente estatura. Frente espaciosa por desmesurada calvicie, aunque su edad no llegaba a cincuenta años. Ojos pequeños, vivos azules que miraban fijamente cuando serenos, y relampagueaban cuando airados a veces usaban antiparras verdes montadas sobre una nariz más que aguileña, corvina.

Usaba constantemente en toda atención y a todas horas del día amplia capa española y aquel sombrero de copa alta y ancha ala de aquellos tiempos. Prestaba dinero a rédito y cobraba con la mayor puntualidad. No se le conocía mas oficio que estar parado a la puerta de su casa o andar paseándose de una esquina del callejón a guisa del péndulo del reloj mirando curioso quien entraba y quien salía de las casas vecinas. Se llamaba don Regino de la Cueva.

Aparte de una simpática señora entrada en años, que por su estampa e indumentaria parecía muñeca de chaquira y era la esposa de don Regino, tenía una hija linda como una estrella, cimbradora como esbelta palma, de ojos grandes y azules como el cielo, de boca pequeña y roja como cacho de granada fresca, de manos pequeñas con dedos alargados y redondos, de pies diminutos y arqueados y toda su belleza iluminada por el áureo Sol de su rizada y abundante cabellera, de hablar expresivo y sonoro como campanilla de plata. Su nombre era tan hermoso como su persona; se llamaba Gracia de la Cueva. Prefería para sus trajes los colores suaves de la azucena, de la rosa de Castilla y de la violeta, para cubrir su marfilino busto, las pañoletas de la China.

Los gustos de esta adorable niña era bordar en blanco aquellas telas de lino, la breña y la estopilla en forma de percheras de camisa para su padre; bordar con sedas de colores de Damasco, terciopelos y rasos de flores, pájaros y mariposas como paños de tapiz para adorno de su casa. Además cultivaba claveles, jazmines rosales, y campánulas azules. Las macetas de claveles se alineaban a lo largo de la cornisa exterior de la casa; los jazmines y los rosales perfumaban el patio; y las campánulas azules, derramándose por un lienzo de tapia contiguo a la fachada de la casa, ponían en la tristeza del callejón, simpática sonrisa de alegría.

Tenían colgados bajo los corredores y dentro de jaulas de carrizo, canarios, tzentzontles y clarines que lanzaba al aire sus sonoros trinos y cantares. Ella misma era ave canora que desgranaba al son de su guitarra, coplas enamoradas que alegraban más y más aquella secreta morada del usurero de don Regino.

Su vida religiosa discretamente llevada consistía en acudir a la practica piadosa que las monjas Catarinas solemnizaban en su templo conventual que distaba dos pasos de la morada de la señorita doña Gracia de la Cueva. Este templo es en su interior de estilo barroco, en las fachadas de sus dos puertas que se elevan majestuosas con sus columnas, rosetones, sus cornisas sus doseletes donde se ostentan los monumentos de Santo Domingo y de Santa Catalina y sus escudos de la orden; y en su torre calada a través de la cual se mira el cielo, el esplendor del Sol y el suave claro de la Luna, guarnecida de columnas salomónicas en sus ángulos; y su cúpula de tambor ochavado también guarnecida de columnas salomónicas y coronada de estirpes muestran a primera vista su estilo plateresco. Dentro hay tres cosas maravillosamente artísticas: Una estatua del santo entierro atribuida al Montañes o a uno de sus mas aventajados discípulos, reposa esa estatua de Cristo muerto en magnífica urna revestida de carey con arbotantes, y angelones y adornos de plata cincelada; un servicio de arañas, candeleros pantallas, atriles, ciriales, cruz alta pedestales y blandones de cobre martillado y dorado al fuego; y sus dos magníficos cuadros de Echave el Joven que representa en él un santo Tomás de Aquino en éxtasis y el otro de la Virgen poniendo la casulla a san Idelfonso.

A este caliente nido de arte que en sus grandes solemnidades se revestía de riquísimos cortinajes de Damasco rojo y amarillo, acudía doña Gracia de la Cueva ya a la misa conventual, ya a una toma de hábito o ya a la velación del Santo Entierro en que las monjas acompañadas del órgano cantaban el Miserere. ¡Qué vida religiosa más tranquila! Se deleitaba suave y apacible como un arroyo de pendiente poco inclinada.

Pero la juventud vallisoletana no cesaba de rondar su casa de día y de noche, a pesar del minucioso cuidado de su padre que iba y venía sin descansar a todas horas de un extremo a otro de la calleja, lanzando miradas de relámpago, y toses de trueno y taconeos de granizada, ahuyentando a los adoradores de su hija, de la niña de sus ojos, de su perla preciosa, de su azucena encantadora, de su paloma torca, de su olorosa mirra...

Sin embargo había un joven gallardo que de entre todos descollaba por su apostura, por su seriedad, por su hidalguía y más que todo, para don Regino, por sus caudales. Hijo único de poderoso hacendado el joven don Antonio de la Riva, o Antonito Riva como le llamaban cariñosamente los pobres paralíticos, ciegos, huérfanos, enfermos, ancianos que con larga mano favorecía.

Mas a pesar de su seriedad, seguía la regla de todos los enamorados de entonces, de ahora y siempre, llevaba las noches de luna serenata a los pies de Cueva, cuando don Regino cautelosamente había alejado de ella al enjambre de pretendientes más o menos desarrapados, estudiantes en su mayoría que se cubrían con capotes verdosos y se tocaban con tricornos sin forro que a lo sumo servían para armar estudiantinas que tañendo guitarras y cantando coplas elogiosas de la belleza de doña Gracia de la Cueva, mordían también la avaricia de don Regino.

Don Antonio de la Riva, entre tanto, correspondido ya por su dama, preparaba cuidadosamente las espléndidas donas para el matrimonio. Telas, blondas y encajes de seda; mantones, chalinas y pañoletas bordadas con sedas de colores representando variedad de flores orientales y cortinajes con mariposas y faisanes de soberbios plumajes, sillería tapizada con guadamacil repujado y dorado, espejos venecianos y arañas de plata cincelada y labrada a martillo de la que salía de la calle de los Plateros de la Capital de la Nueva España; porcelanas suntuarias y de comedor traídas de la China, decoradas con peonías, azahares de durazno y frutas raras; bargueños y arquillas de laca con incrustaciones de concha; lechos tallados en nogal con cortinajes de brocado, alfombras de tripe tejidas a mano y decoradas con asuntos mitológicos.

Una mañana de primavera, perfumada por el aroma embriagador de los naranjos en flor, de las rosas-té, de los chícharos, de las mosquetas y de los claveles, una suntuosa procesión de damas y caballeros vallisoletanos marchaban en doble fila cerrando la comitiva don Regino que llevaba del brazo a la joven doña Gracia engalanada con traje nuevo cuya cauda sostenía lindas niñas rubias vestidas de pajecillos. El novio don Antonio de la Riva aguardaba acompañado de los sacerdotes revestidos de capa pluvial y dalmáticas bordadas en Toledo. El órgano se deshizo en una marcha triunfal, al llegar los novios a las puertas de la iglesia conventual de las monjas Catarinas. Al darse las manos los novios y recibir la bendición nupcial, un torrente de armonía atronó en el ámbito del templo, acompañado de las melodiosas voces de las monjas que entonaban un Te Deum incomparable. El humo del incienso en nubes de perfumes invadía el ambiente embriagando a los asistentes de dicha y de contento, menos a los otros pretendientes que por curiosidad penetraron en el templo para salir maldiciendo de rabia al avaro don Regino de la Cueva que los había alejado de su morada donde guardaba como oro en paño a doña Gracia de la Cueva.

Adoloridos y epigramáticos se retiraron de aquella solemnidad denominando, como lo hacían antes, al chaparrito don Regino, El Duende, nombre que se le quedó a la calleja, según la fama, que, como guardaba en arcón antiguo, llegó hasta nuestros días con el perfume de las esencias de entonces, traídas de la China y del Japón por la famosa Nao.

Como me lo contaron te lo cuento.

LA CUEVA DEL TORO

Loma del Zapote

MORELIA tiene alrededores tan hermosos como pocas ciudades del país. Limitada al norte y al sur por dos ríos que llevan agua todo el año, tienen sus praderas siempre verdes; la alfalfa, el trébol, la lechuga y los rosales perennemente las esmaltan con su verdor y sus colores; los fresnos, los sauces y los eucaliptos la ciñen y le dan sombra y frescura. Más allá, por todos lados montañas azules que en tiempo de aguas se revisten de esa menuda hierba que parece terciopelo verde y de esa infinita variedad de florecillas sin nombre que manchan de amarillo, morado, rosa y blanco su plegada superficie. Sus crepúsculos son siempre espléndidos. Al tramontar el Sol la crestería del ocaso, inflama las nubes con luces de una maravillosa coloración y transparencia. El oro viejo, el gualda, el carmín, la violeta, el ópalo, la turquesa, la esmeralda, el rubí, el topacio, el zafiro y la amatista presentan al Sol sus colores para embadurnar la gigante paleta del cielo, en esas tardes de octubre que son las más hermosas del año para pintar sus crepúsculos.

Al oriente, la antigua calzada de México bordeada a lo largo por ambos lados de animosos y copados fresnos que se cruzan formando una espesa bóveda de follaje por donde atraviesa el Sol trabajosamente, termina en la loma que llaman del Zapote.

Desde su parte más alta se contempla un panorama grandioso. En primer término una arboleda de fresnos, inmensa, fastuosa, en cuya cima destacan las casas, las torres y las cúpulas revestidas de brillantes azulejos. Más allá el elevado pico de Quinceo coronado de oscuros pinares, el azul pico del Zirate y las no menos azules ondulaciones de las montañas de San Andrés, desde donde el moribundo Sol lanza sus ardientes melancólicas miradas de despedida a Morelia que las recibe amorosa reclinada en su lecho de perfumadas flores. Al sur, desde la cañada del rincón, se lanza como flecha gigantesca hacia la ciudad un acueducto romano de arcos de piedra ennegrecida por los años, que la surtió en otro tiempo de gruesa y sabrosa agua.

Por este rumbo, acostumbraba yo pasear cuando era estudiante, así por hacer ejercicio como por respirar el puro y perfumado aire que sopla en aquellos contornos. En uno de tantos paseos tropecé con un socavón misterioso cuya entrada en una de las ondulaciones de la loma, estaba cubierta con esas colosales matas de malva que crecen con opulencia. Entreabrí el follaje y no sin un poquito de temor, baje por unos malhechos peldaños que dan acceso al fondo oscuro de la cueva que sigue en dirección al oriente.

Es tan alta que un hombre de estatura regular puede erguido marchar dentro de ella. Anduve como unos diez metros hacia dentro impidiéndome el paso el escombros de un derrumbamiento antiguo y según las huellas intencional, como si alguien hubiera querido obstruir el paso con premura. Sin embargo, por los intersticios del escombros, pude notar que la cueva seguía obscura y profunda hasta llegar a un punto abierto al aire libre porque soplaban un viento húmedo y frío de dentro hacia fuera. Y como en esos momentos soplaban el haz de la tierra un viento fuerte, percibía yo debajo en la cueva, uno como ronco mugido semejante al son que produce la más grave de las contras de un órgano, al vibrar el aire en su ancha boca de madera.

Salí de la cueva; ya un pastor apacentaba por ahí unas vacas que ramoneaban la húmeda hierba; presumiendo que sabría algo fantástico de ella me aventuré a trabar conversación con él pidiéndole la lumbre para encender un cigarrillo.

- "¿Has entrado alguna vez en esa cueva? -Le pregunté después de arrojar la primera bocanada de humo. A esta pregunta inesperada abrió asombrado los ojos y contesto:

-!Ah, señor! Como había yo de penetrar en esa cueva donde hay un toro encantado que apenas nota que entra uno y enseguida brama y acomete.

Siguiendo yo mi inclinación por las tradiciones y las leyendas populares que me encantan, me decidí a rogarle que me contase lo que sabía de la cueva.

-Con mucho gusto -me dijo-, y sentándonos a la sombra de un árbol sobre el césped, empezó de la siguiente manera, pico más pico menos.

Ha mucho tiempo, no sé cuánto, allá cuando los españoles dominaban en México, que en esta loma estaba la casa de la hacienda que llamaban Del Zapote por un añoso árbol de esa especie que se encontraba allí corpulento y frondoso. Las ruinas casi imperceptibles que a lo lejos se ven son los únicos restos de la casa. La acción de los años y el abandono, cubriendo de maleza y jaramagos los muros ennegrecidos y musgosos, dieron con ellos en tierra, sin quedar para memoria otra cosa que esos montones de sillares donde crecen robustas las nopaleras, las malvas y la yedra.

Sus moradores son las culebras y las lagartijas que a las horas de bochorno salen a calentar su frío cuerpo y al menor ruido se esconden presurosas.

Entre esos escombros está la otra boca de la cueva que de fijo se abría en algún cuarto secreto de la casa, que servía para comunicarse los de adentro con los de afuera sin ser notados. Unos dicen que es tan antiguo ese socavón como lo era la casa de la hacienda; otros que fue hecho posteriormente por los monederos falsos que hacían pesos carones de cobre. Y esto último que se tiene relación con el nombre que lleva a la cueva. Yo tengo muchos años muchos muchos, no sé cuántos; pero vi el primer cólera y también el segundo. Vivía en el pueblo de la Concepción, ese pueblo cuya capilla está en ruinas y ahí en el cementerio sepulté a mi padre tan viejo como yo. Sabía muchas cosas del rey y de los monederos falsos. Y a él fue a quien lo oí referir lo que a mi vez refiero al presente. Por la boca de la cueva que está ahí entran y salen los monederos, sin que nadie los notara y fuera a denunciarlos, según contaba mi padre que lo había oído decir en las noches de velada al calor de la lumbre, cuando mi abuelo contaba cosas medrosas. En las ruinas, en cuanto cerraba la noche, se veían luces errantes andar de cuarto en cuarto, por entre las grietas de los muros y las hendiduras de las ventanas; se escuchaban frecuentes golpes de martillo, como si los dieran en el centro de la tierra y mucho ruido de cadenas, que ponía espanto aun en el corazón más animoso y valiente. Si los muchachos se aventuraban a ver por el agujero de la llave del herrado portón el interior de aquella casa en ruinas, veían procesiones de esqueletos cuyas calaveras hacían terribles muecas, llevando en las manos huesosas cirios negros encendidos, y que en llegando al ancho patio, luchaban unos con otros apagándose las velas en las oscuras cuencas de los ojos, ya dando apagados alaridos ya soltando carcajadas al abrir aquella mandíbula de abajo que semejaba carraca demolida. La entrada de la obscura cueva estaba custodiada por un bravísimo toro que bramaba y acometía feroz cuando alguien se atrevía a separar las matas que obstruían el paso, toro que le dio el nombre a la cueva como llevamos dicho, y que aún hoy día, aunque no se ve el toro, sí se oye el bramido.

Supo el gobierno del rey que en aquellas apartadas ruinas se fabricaba moneda falsa, y en seguida se presentaron los alguaciles y la gente de armas sorprendiendo a los monederos que no tuvieron manera de huir. Se defendieron desesperadamente y cayendo uno aquí y otro allá, todos fueron muriendo atravesados por las balas de los arcabuces, quedando sus cadáveres a merced de los buitres que por muchos días comieron carne de monederos falsos.

Después acá, cuando las sombras de la noche cubren el campo y las estrellas brillan en el obscuro cielo; cuando el silencio ha cubierto los campos con sus alas y se han dormido los pájaros y los ganados, se oyen de vez en cuando ayes lastimeros, tranquilos de palos que chocan, mugidos lejanos que producen en el ánimo pavor y miedo. Hoy por hoy que ya han desaparecido las ruinas no hay ya nada extraño y sólo queda para recuerdo la cueva y su nombre.

Como me lo contaron te lo cuento.

LA AZUCENA DE CARMELITAS

Desaparecido Convento de las Carmelitas

EL CONVENTO DE RELIGIOSAS Carmelitas que estaba al sur de Morelia quedó, como todos, reducido a ruinas hace más de medio siglo. Una iglesita con su campanario en forma de palma con tres campanas y una esquila para llamar a maitines, que llevaban los respectivos nombres de Teresa, Juana, Guadalupe y María, se levantaba en la esquina del convento. Un espacioso claustro poblado de celdas con su bulliciosa fuente en el centro rodeada de olorosos naranjos. A unos veinte pasos de la fuente se erguía un corpulento y oscuro ciprés. En uno de los testers del claustro se mecía como flotante pabellón, una olorosa mosqueta que en armonía con los azahares de los naranjos saturaban de aromas el ambiente. En el lado opuesto una frondosa bugambilia o camelina morada sombreaba la celda de la madre abadesa. Más allá del claustro se extendía la huerta de limoneros, naranjos, duraznos, chirimoyos y demás árboles frutales. Eran allí cultivadas también toda clase de flores y rosas que esmaltaban el jardín y embalsamaban el ambiente. En el medio de la huerta había un pozo de agua cristalina y dulce, sombreado por un fresno de admirable corpulencia. Un muro de calicanto circundaba el convento y la huerta, dejando ver por encima las copas del fresno, del ciprés y de los demás arboles, y estando coronado de yedras y campanillas que se derramaban por la parte de afuera, alegrando las vecinas callejas de casas destartadas y mohosas. Junto a la portada del convento un azulejo incrustado en el muro decía: Beaterio de Carmelitas.

Allí vivían las religiosas ocupadas día por día en la oración, en la asistencia al coro y a los divinos oficios, en la enseñanza y educación de las niñas pequeñas, en la fabricación de los famosos guayabates y en el cuidado del jardín y de la huerta. Esto es: servían a Dios, a los demás y a sí mismas.

Entre ellas pasaba la vida tranquila y reposaba una joven de veinte abriles de una hermosura incomparable.

Rostro ovalado, nariz recta, ojos grandes y azules, boca pequeña de labios delgados y rojos como cacho de granada, la barba partida, al reír dos hoyuelos en las mejillas, oídos nacarinos y transparentes; cabellera larga y dorada.

Su busto alto y mórbido, el cuello y los brazos torneados y las manos aristocráticas. Su cuerpo elevado, esbelto y flexible. Sus pies pequeños y firmes. Su fisonomía y sus ademanes revelaban su alcurnia. Era doña María Fuensálida, marquesa de Aldara y que en religión llevaba el humilde nombre de sor Angélica de la Cruz.

Su vocación al estado religioso había sido decidida y comprobada, y en la corte de México no hubo medio de apartarla de ella. Muchos nobles y ricos pretendientes pidieron su mano y a todos con la mejor cortesía se la negó. Hubo uno, sin embargo, mas tenaz que todos: don Luis Pelaez, mayorazgo de la Montaña de Santander que vino a México, acompañando al virrey marqués de Croix y quedó prendado de la belleza de doña María, en cuanto la vio en un sarao de la corte del virrey. Era el menos simpático para ella; pues aparte de su poca nobleza y dinero aunque era apuesto y garrido militar, era un aventurero, de conducta disipada y de genio feroz. Y si a pretendientes tan nobles y ricos como ella y de arraigo e irreprochable conducta, había negado su mano, "¿Cómo se la iba a conceder a un aventurero? Esto irritó a don Luis de tal manera, que la perseguía a muerte por donde quiera: en la calle, en su casa, en los paseos, en los conventos. Esto fue lo que determinó a sus nobles padres, traerla al Beaterio de Carmelitas de Morelia.

Allí en aquel asilo, pasó sin contratiempo el año de noviciado y al cabo profesó en medio del mayor contentamiento suyo y de sus superiores.

Mas todavía allí no estuvo la paloma al abrigo del halcón. Don Luis descubrió el agujero de la roca donde moraba doña María y allá se lanzó furioso y desesperado.

Apenas se sacudió el polvo del camino, cuando ya estaba rondando el convento para encontrar un momento oportuno de verle y hablarle. Pero allí como en México, jamás consiguió nada. En las horas en que las religiosas asistían al coro, allí estaba don Luis junto a la reja lanzando hacia adentro miradas escrutadoras por ver si la distinguía, para contemplarla cuando menos. Cuando cantaban maitines, aplicaba el oído a ver si escuchaba entre todas su voz argentina y dulce. Mas todo era inútil, porque sabiendo la abadesa que allí estaba don Luis, dispensaba a sor Angélica la asistencia al coro, cuando la iglesia estaba abierta, a fin de ocultarla a las miradas de su tenaz perseguidor.

Las noches serenas bañadas por la apacible luz de la luna, como las obscuras tachonadas de estrellas y aquellas en que el cielo encapotado derramaba agua a torrentes, allí estaba don Luis ya en una esquina ya en otra, espionando el momento oportuno de que entrasen a maitines para aplicar el oído a la puerta de la iglesia para escuchar o más para adivinar la salmodia de doña María.

Este estado de cosas no podía durar para siempre. Aburrido, enojado don Luis comenzó a meditar un plan diabólico, terrorífico para ablandar la roca de granito como él llamaba a doña María frente a sus camaradas. Pensó asaltar el convento en altas horas de la noche y robarse a sor Angélica y huir con ella por sendas extraviadas, por montes, por donde hubiera un lugar oculto para vengar tanto menosprecio, tanto desdén sufrido hasta entonces pacientemente por él.

Una madrugada fría y húmeda, cuando las religiosas se entregaban profundamente a un sueño reparador y los servidores del convento estaban todavía muy lejos de llegar, con una ganzúa de antemano estudiada y preparada, abrió la puerta falsa de la huerta por donde entraba la leña y el carbón, por donde salía la fruta y la hortaliza para el mercado. Llegó cautelosamente al silencioso claustro y se encaminó a la celda de sor Angélica que dormía apaciblemente. Entreabrió la puerta y a la luz débil de una lamparilla que ardía frente a una estampa del Señor de la Columna, la contempló absorto por breves instantes; pero mirando que no había tiempo que perder, tomó en sus brazos a sor Angélica y partió con ella por la huerta. Como sor Angélica gritase, la amordazó a fin de impedir sus gritos, de tal modo que las demás religiosas no oyeron nada. Ya en la huerta, sor Angélica hizo un esfuerzo supremo para escapar de los brazos de su raptor; mas éste enfurecido por la resistencia heroica de aquella virgen, le ató una soga al cuello y la colgó de aquel fresno que estaba junto al pozo y huyó precipitado, sin haber enturbiado aquella agua cristalina y pura.

!Qué mañana más hermosa! El cielo azul con una que otra nube flotando como góndola de nieve. El Sol radiante del equinoccio caldeando la atmósfera diáfana y quieta. El azahar, las mosquetas y la azucena perfumaban el ambiente, embriagando con sus aromas. Las doradas mariposas iban de flor en flor libando el néctar de sus cálices. Los pintados pajarillos no cesaban de ensayar sus trinos y gorjeos. En tanto que la naturaleza lucía sus galas primaverales, las religiosas hablándose en voz baja, iban de un lugar a otro aterradas, confusas, espantadas sin hallar que hacer. La celda de sor Angélica sola; suben, bajan; van y vienen; se preguntan, se responden y nada, hasta que en vertiginosa carrera llega el hortelano a dar parte a la abadesa de lo que sus ojos habían visto en la huerta. El cadáver de sor Angélica flotaba colgado de unas ramas del fresno del pozo. !Un suicidio!, exclamaron, pero esto no es posible; sor Angélica era un modelo de virtudes incapaz de llevar a cabo semejante crimen.

No, aquí hay otra cosa, un rapto y como ella se defendiese fue asesinada colgándola para que dijeran que había habido un suicidio, tanto más cuanto que don Luis conocido ya de toda Valladolid, había desaparecido de la noche a la mañana. La autoridad virreinal tomó cartas en el asunto sin aclarar nada; lo que produjo la duda y se declarase de parte de los que opinaban, que había sido un suicidio, a pesar de que la puerta de la huerta se había encontrado abierta; pero el hortelano no se acordaba si la había o no cerrado, dado que muchas veces la dejaba abierta y quizá aquella había sido una de ellas. Descolgaron por tanto el cadáver y sin las honras fúnebres del caso lo sepultaron al pie del fresno del pozo. Consternadas, sin embargo, las religiosas no dejaban de suplicar a Dios por el descanso eterno del alma de sor Angélica, aunque todas las apariencias decían que había muerto en pecado.

Pasó el tiempo; casi ya nadie se acordaba del espantoso suceso, cuando una mañana el hortelano encontró sobre la fosa de sor Angélica una mata de azucena florida sin antes haberla plantado allí. Año por año se repetía el prodigio hasta que la abadesa a instancias de la comunidad, mandó exhumar los restos de sor Angélica, llevándolos procesionalmente a la iglesia donde se les cantó un funeral y se depositaron en el coro al lado de los sepulcros de las demás religiosas muertas en olor de santidad.

Más de año en año se repetía el prodigio de la azucena con grande admiración de todos. Ya en ruinas el Beaterio de Carmelitas, destartalado el coro y mal sosteniéndose el artesonado de la iglesia, fui a visitarlo. En el claustro había viviendas de gente pobre. La huerta aún conservaba el pozo y el fresno junto al cual había estado la tumba de sor Angélica. El pozo estaba aterrado y lleno de zarzas. Y en el lugar del coro donde reposaban los restos, me mostró la vieja que cuidaba de la vecindad una mata florecida de azucena, después de haberme contado a esta leyenda de la azucena. Corté los pétalos de una de las flores marchitas para recuerdo, y me alejé de aquellas ruinas donde crecían en abundancia el jaramago, la yedra y las campanillas azules.

Como me lo contaron te lo cuento.

VENGAN POR SU MEDIO

Antiguo Pueblo de los Urdiales.

HABIA EN TIEMPOS PASADOS al norte de Valladolid, hoy Morelia, un pueblo de pocas almas llamado De los Urdiales, con su iglesia churrigueresca y su cementerio poblado de cipreses, en torno del cual se sembraban los campos vecinos que se extendían aqueude y allende el río Grande. El panorama era incomparable.

El altísimo Quinceo hundiendo su cumbre entre las nubes, sirve de fondo al paisaje. Acá y acullá los sauces y fresnos mirándose en el limpio espejo de las aguas del río que corre manso de oriente a poniente. Los campos del valle coronados de doradas espigas y esmaltados mirasoles, rosas de San Juan, estrellas de San Nicolás y de Cinco Llagas. Las puestas del Sol tras las cadenas de azules montañas, encendiendo las nubes y tiñendolas de oro y grana, dan al ambiente una transparencia que encanta y subyuga el alma.

Allí vivía en cómoda casa señorial el administrador de la Hacienda del Quinceo que dista muy poco de ese lugar. Era don Juan de la Cadena Frigueros, de esos hidalgos arruinados que se venían a la Nueva España a trabajar para reponer sus caudales ya por medio del trabajo, ya contrayendo matrimonio con la única hija del hombre dueño de una hacienda rica, que era lo mas frecuente. En este caso se hallaba Frigueros. Había sido ocupado en calidad de administrador, a poco de haber llegado de España, por don Pedro de la Coruña, conde de la Sierra Gorda, residente en Valladolid.

Tenia don Pedro una hija como unos oros de bonita. Alta, delgada, rubia, de ojos azules, mejillas como pétalos de rosas, flexible, esbelta como una palma, de alma pura y delicada, de serena y musical palabra, diestra en las labores de mano como en el cuidado de su rango y de su casa. Don Pedro se miraba en la niña de sus ojos y la cuidaba en extremo. Pocas tertulias y muy escogidas, raras salidas a pie, casi sólo para ir a misa y al coro del vecino Templo de las Rosas. Muchos paseos por los pintorescos alrededores de la ciudad; pero en coche y sin detenerse constituían la sal de la vida de doña Luz de la Coruña, condesa de la Sierra Gorda. El iluso administrador Frigueros había puesto sus atrevidos ojos en la belleza de su noble señora, sin ver que aparte de ser un pobrete, su alcurnia distaba mucho de la de doña Luz y que por tanto para pretenderla era preciso, cuando menos contar con una fortuna igual a la suya, si no con la misma nobleza. Para obtener esa fortuna no perdía medio lícito o ilícito. Sembraba y cosechaba abundantes mieses que luego vendía oportunamente caras en el mercado. Criaba y cebaba ganado de donde sacaba pingues ganancias. Cultivaba una hermosa raza de caballos Arabes que había traído de España y que en todas las ferias del país vendía a los mejores precios. Prestaba dinero a rédito bastante elevado quedándose luego con los ranchos o las casas que servían de garantía, en caso de no poder el deudor pagar el dinero prestado. Mas no era esto todo ni lo más grave, sino que por mucho tiempo por ésto o por aquéllo, había rebajado en las rayas de los peones de la hacienda que administraba medio real. Al señor conde le decía que aquel medio era un ahorro que cada peón quería hacer para casarse, curarse o satisfacer cualquiera otra necesidad que a lo mejor se ofreciese. Y enseguida aquel dinero iba a dar a la usura.

De modo que al cabo de algún tiempo, logró hacer un caudal bastante considerable para poder presentarse como pretendiente a la mano de doña Luz de la Coruña, condesa de la Sierra Gorda.

Sin embargo, el pobre administrador, aunque hidalgo de la montaña de Santander, no podía presentar títulos que compitiesen con los claros timbres de los señores de la Coruña. Así es que cuando intentó pedir al señor conde la mano de su hija, le fue negada rotundamente a pesar de sus caudales y no sólo eso, sino que hasta fue destituido de la administración de la hacienda. Este desengaño le impresionó tanto que poco a poco fue languideciendo Frigueros hasta que cayó en cama preso de mortal dolencia. Recibió los últimos auxilios espirituales y antes de que pudiera restituir lo que había quitado injustamente a los demás, falleció en una noche de tormenta.

Paso algún tiempo. Los herederos del administrador Frigueros vendieron su herencia para volver a España, dejando la casa señorial que ocupaban en el pueblo De los Urdiales. Todo el mundo la designaba con el nombre de La Casa del Usurero. De entonces acá estuvo siempre cerrada con su zaguán herrado, mostrando amenazantes mascarones de enmohecido bronce. Mas en las noches de tormenta, cuando el viento zumbaba entre los árboles y cipreses del cementerio, cuando las nubes derrochaban torrentes de destructora agua, se iluminaba la casa, se abría el zaguán herrado y aparecía la sombra de Frigueros montado en su caballo blanco y gritando con una voz apagada y fría: "¡Vengan hombres, por su medio!" y así caminaba hasta el Quinceo gritando y más gritando sin que nadie acudiese a su fúnebre reclamo.

Al cabo de una hora volvía a la Casa De los Urdiales al sonar en el viejo reloj de la catedral la una de la mañana. Se metía en la casa dando su último destemplado grito al viento y cerrándose tras de él, rechinando en sus goznes las puertas herradas con sus amenazantes mascarones de oxidado bronce.

Lector, si no crees esta fantástica leyenda que puede tener un fondo de verdad, a lo menos te has divertido con ella un rato, haciendo que el sueño te cubra con sus blandas y piadosas alas.

Como me la contaron te la cuento.

!Qué mañana más hermosa! El cielo azul con una que otra nube flotando como góndola de nieve. El Sol radiante del equinoccio caldeando la atmósfera diáfana y quieta. El azahar, las mosquetas y la azucena perfumaban el ambiente, embriagando con sus aromas. Las doradas mariposas iban de flor en flor libando el néctar de sus cálices. Los pintados pajarillos no cesaban de ensayar sus trinos y gorjeos. En tanto que la naturaleza lucía sus galas primaverales, las religiosas hablándose en voz baja, iban de un lugar a otro aterradas, confusas, espantadas sin hallar que hacer. La celda de sor Angélica sola; suben, bajan; van y vienen; se preguntan, se responden y nada, hasta que en vertiginosa carrera llega el hortelano a dar parte a la abadesa de lo que sus ojos habían visto en la huerta. El cadáver de sor Angélica flotaba colgado de unas ramas del fresno del pozo. !Un suicidio!, exclamaron, pero esto no es posible; sor Angélica era un modelo de virtudes incapaz de llevar a cabo semejante crimen.

No, aquí hay otra cosa, un rapto y como ella se defendiese fue asesinada colgándola para que dijeran que había habido un suicidio, tanto más cuanto que don Luis conocido ya de toda Valladolid, había desaparecido de la noche a la mañana. La autoridad virreinal tomó cartas en el asunto sin aclarar nada; lo que produjo la duda y se declarase de parte de los que opinaban, que había sido un suicidio, a pesar de que la puerta de la huerta se había encontrado abierta; pero el hortelano no se acordaba si la había o no cerrado, dado que muchas veces la dejaba abierta y quizá aquella había sido una de ellas. Descolgaron por tanto el cadáver y sin las honras fúnebres del caso lo sepultaron al pie del fresno del pozo. Consternadas, sin embargo, las religiosas no dejaban de suplicar a Dios por el descanso eterno del alma de sor Angélica, aunque todas las apariencias decían que había muerto en pecado.

Pasó el tiempo; casi ya nadie se acordaba del espantoso suceso, cuando una mañana el hortelano encontró sobre la fosa de sor Angélica una mata de azucena florida sin antes haberla plantado allí. Año por año se repetía el prodigio hasta que la abadesa a instancias de la comunidad, mandó exhumar los restos de sor Angélica, llevándolos procesionalmente a la iglesia donde se les cantó un funeral y se depositaron en el coro al lado de los sepulcros de las demás religiosas muertas en olor de santidad.

Más de año en año se repetía el prodigio de la azucena con grande admiración de todos. Ya en ruinas el Beaterio de Carmelitas, destartalado el coro y mal sosteniéndose el artesonado de la iglesia, fui a visitarlo. En el claustro había viviendas de gente pobre. La huerta aún conservaba el pozo y el fresno junto al cual había estado la tumba de sor Angélica. El pozo estaba aterrado y lleno de zarzas. Y en el lugar del coro donde reposaban los restos, me mostró la vieja que cuidaba de la vecindad una mata florecida de azucena, después de haberme contado a esta leyenda de la azucena. Corté los pétalos de una de las flores marchitas para recuerdo, y me alejé de aquellas ruinas donde crecían en abundancia el jaramago, la yedra y las campanillas azules.

Como me lo contaron te lo cuento.

UN ROBO EN LA CATEDRAL

Lomas de Santa María.

EN UN CUADERNO VIEJO me hallé el siguiente relato: Hace muchos años que buscando antigüedades de los indios en las laderas en la loma de Santa María, que según dicen, servían de asiento al pueblo tarascó del Aguacate, cuando aún las lomas de Guayangareo estaban despobladas, encontré medio oculta por espesos matorrales una piedra laja muy grande y bien escuadrada.

El Sol transponía en esos momentos las azules montañas del ocaso tiñendo de oro y grana las nubes que flotaban en el cielo tenuemente azul. Por tanto no quise explorar el sitio, pues de allí a poco cerraría la noche y no contaría más que con la dudosa luz de las estrellas.

Volví a cubrir con zarzas la laja para que no llamara la atención de otro y me alejé sumido en las más extrañas conjeturas. "¿Si será algún tesoro?" "¿Qué significa una laja escuadrada a propósito y colocada en una abertura de la misma forma en la cantera? Indudablemente que allí hubo un escondite. "¿Nadie más que yo lo habrá visto? Y si lo han visto, de seguro que lo han explorado ya. "¿Qué se habrán hallado en él? Un tesoro de esos que se ocultaron en la guerra de Independencia "¿Será algún sepulcro? Porque la forma alargada de la piedra así lo revela. "¿Estarán allí reposando los huesos calcinados de algún cacique? ¿Será quizá la entrada de algún subterráneo, de esos que hay en casi todas las ciudades españolas de los pasados siglos?

Esto iba yo pensando mientras cruzaba a lo largo de la calzada de Santa Catarina, iluminada con esa luz violeta del crepúsculo que se filtra penosamente por entre las ramas de los árboles.

Al día siguiente, por la tarde, armado de mi respectiva barreta para cavar y palanquear, emprendí la marcha por sendas extraviadas hacia el lugar del hallazgo. El Sol era espléndido, como que era el Sol de otoño en que ya no hay temor de inesperada lluvia. Aparté las zarzas que había puesto, miré en torno mío por ver si alguien me observaba y comencé a cavar por los lados de la piedra para aflojarla. Ya había yo puesto la barreta sobre una piedra, metida una de sus puntas debajo de ella en forma de palanca, cuando un viejecito que traía un morral terciado en el hombro y un largo bastón en la mano, me dijo sorprendiéndome:

- "¿Qué busca usted aquí, joven?

- Diga usted, viejecito, a punto fijo no sé lo que busco. He visto entre estos espesos matorrales esta piedra misteriosa y me ha venido en gana de levantarla para ver que hay debajo.

- Pues si usted desea saber lo que es esto, yo se lo diré.

- Con mucho gusto, pero quisiera yo ver por mi mismo lo que haya debajo.

- Haga usted lo que guste y después si me da una limosna le contaré punto por punto lo que oí decir a mi padre, que era como yo de estos andurriales.

Seguí forcejeando hasta levantar la piedra y echarla a un lado, lo cual conseguido apareció un socavón oscuro y húmedo.

- Esta es la cueva - exclamó el viejecito - por donde robaban en tiempo muy remoto a la catedral. Esta cueva camina muy honda por debajo de tierra, atravesando este valle y los barrios del sur de Morelia hasta llegar al cuarto donde los canónigos tenían el dinero. Este se encontraba en una especie de estanque de mampostería tapado con una gruesa tabla de madera de mezquite, con tres cerraduras de hierro cuyas llaves se encontraban en poder de tres personas que no podían abrirla sino estando todas juntas. Pues bueno, una vez que quisieron echar dinero al abrir aquella especie de caja fuerte encontraron que había bajado considerablemente el nivel del dinero, ya no vaciaron ahí las redes que traían y después de haber puesto una señal se retiraron. Al siguiente día volvieron a ver y ya había menos dinero. Y era que los ladrones robaban por debajo de tierra aquella extraña caja fuerte, extrayendo fuertes sumas. Cambiaron los canónigos el tesoro y así no pudieron ya robar más. Se hicieron indagaciones, se recorrió el subterráneo y se vio que en cierta parte se dividía en dos caminos: Uno que conducía a aquí y otro que desembocaba en una vieja casa que hoy es mesón. Se encontró un poco de lo robado y algunos de los ladrones fueron ajusticiados. Los demás, que huyendo de la justicia quedaron soterrados en la cueva faltos de agua y alimento, ahí se murieron de hambre y sed. Y es fama que pasando este subterráneo por debajo de la iglesia de San Agustín, en ciertas noches de tormenta, cuando el aire se enfurece, se escuchan retumbos, aullidos comprimidos, ruido de aguas que corren impetuosas, chasquidos extraños e inexplicables debajo de la tierra. Muchas personas al construir o reedificar sus casas han hallado pesos carones de los que se caían de los sacos, cuando los ladrones los transportaban. Y también, según me han contado, en el mesón a donde va a dar el otro brazo del socavón, se oyen a deshora lamentos, ayes, voces extrañas y

misteriosas de hombres que van y vienen. Se ven bultos arrebujados que brotan de la tierra cargados con redes de dinero que se pierden al llegar al zaguán. Ya nadie quiere posar allí. Yo muchas veces he intentado levantar esa laja para penetrar allí, pero me he encontrado sin valor para ello; mas ahora que usted ha levantado la piedra, me convido para acompañarle en su excursión.

Bajamos con alguna dificultad y luego nos dirigimos al interior. Al principio se ve que esta cavado a pico debido a la luz difusa que penetra por la boca, pero después hubo necesidad de prender cerillas para caminar. Se sentía un aire húmedo y un calor sofocante y por lo tanto no pudimos avanzar mucho, pero en el camino recorrido encontramos para confirmar el relato un peso ennegrecido que decía: Philipus V. Hispaniae et Indorum Rex. Y adelante otro y alentados por estos hallazgos hubiéramos recorrido todo el subterráneo, si no nos hubiera impedido un derrumbamiento que obstruía el paso. Retrocedimos haciendo minuciosas investigaciones, por ver si no nos encontrábamos con más pesos, pero nada, ni uno solo más hubo por allí.

Salimos de la cueva cuando ya el Sol se aproximaba al ocaso. Un enorme disco rojo nos miraba como gigante pupila inyectada en sangre. Parecía preguntarnos el motivo de andar inquietando las tinieblas del subterráneo a donde el jamás había penetrado. Y como nosotros no diésemos traza de responder a su pregunta bajó su párpado de nubes y se cerró para no volver a abrirse a aquella tarde. El viejecito y yo nos despedimos para siempre después de haber puesto en su mano la limosna convenida.

Después de leer el relato del cuaderno viejo me puse a reflexionar: "¿Fue este cuento sueño o realidad? "¿Es una verdad o una bella mentira? Cada cual tómelo como le parezca; mas de ambos modos se pasa el rato agradablemente.

Como me lo contaron te lo cuento.